

TAUZERO

#12



¿Existe alguna persona quien haya soñado con viajar en el tiempo, al pasado por ejemplo, y así poder realizar cambios, corregir errores, tomar otras decisiones? Estoy casi seguro que todo el mundo ha soñado con aquello. En ciencia ficción los viajes en tiempo son el tópico más clásico, ahí tienen *El Ruido de un Trueno* de Bradbury y *El Fin de la Eternidad* del Buen Doctor. Sucede esto mismo en los cómics. A los seguidores del Noveno Arte no le es desconocido las Megasagas, historias que tienen como objetivo el corregir errores en la continuidad de los héroes y villanos debido a una mala interacción entre los diversos guionistas a la vez que corrigen anacronismos insoslayables debido al paso del tiempo.

No soy muy entendido en cómics, pero aún así recuerdo una saga DC llamada *Hora Cero*, en donde Hal Jordan, unLinterna Verde que se desquicia cuando le destruyen su ciudad natal, decide utilizar el poder de su anillo para reconstruir por completo la historia del universo, para que su ciudad continúe existiendo. Por supuesto que sus planes no tienen éxito pues toda la batería de héroes DC lo detiene, pero aún así la historia es re-escrita. En la nueva continuidad, la historia de Superman, por citar un ejemplo, es modificada. Aparecen nuevos enemigos como *Conducto* (un mercenario que lanza rayos de kryptonita para desesperación del Azuloso) y el look del kryptoniano se actualiza. Se elimina de la continuidad a Superboy (Clark Kent de adolescente, no el clon) y a la horrorosa mascota con capa: Krypto. Por otro lado, Kent deja de ser un nerd y se deja del pelo largo, muy en la onda de los 1990's.

Se me viene otro ejemplo, esta vez desde la Casa de las Ideas, Marvel. Allí se introdujo la serie "Ultimate", en donde las historias son re-escritas desde cero, pero según conceptos actuales. Por ejemplo mis favoritos, *The Fantastic Four*, que en la historia clásica adquieren sus

TAUZERO Nº12

**Febrero
2005**

Director

Rodrigo Mundaca Contreras

Editor

Sergio Alejandro Amira

Diagramación y Dirección de Arte

Sergio Alejandro Amira

Portada

Simon Bisley

Colaboradores

Jorge Baradit

José Fco. Camacho A.

David Mateo

Juan Carlos Sánchez

Laura Elizabeth Vázquez

poderes debido a una desafortunada exposición a rayos cósmicos cuando volaban en el espacio, ya no resulta tan creíble en una época en donde la Humanidad tiene una estación espacial permanentemente en órbita y posee dispositivos explorando Marte y Saturno.

En *Ultimate Fantastic Four* no es un viaje al espacio y la correspondiente dosis de radiación cósmica la que otorga los poderes al cuarteto. Sino algo que ahora suena tan intrigante y misterioso como los rayos cósmicos hace varias décadas: Se trata de una exposición a la "N-Zone" o Zona Negativa, una suerte de realidad acoplada a la nuestra, y que Reed Richards está estudiando en conjunto con el ejército norteamericano. Una de las bondades de esa N-

Zone, es que de alguna forma permite la existencia de un objeto en todo su "Espacio de Fase". Aquí es cuando el guionista introduce algo de probabilidades aplicadas a teoría cuántica y mucho de álgebra lineal para explicar que los poderes de los Cuatro Fantásticos en rigor corresponden a versiones alternativas de ellos mismos dentro de su espacio de fase. Del mismo modo como puede existir un Reed Richards invisible o con forma de manzana o uno normal, también existe uno que es elástico. Lo mismo ocurre para el resto de los amigos... Uf!, Estoy divagando. Pero creo que entienden el punto de re-escribir el pasado y actualizar historias. ¿Y todo esto que tiene que ver con *TauZero*? Pues que nosotros hemos hecho exactamente eso: hemos reinventado nuestro propio pasado.

Todo comenzó cuando Sergio me sugirió hacer algunos cambios pues ambos habíamos detectado errores en diversos números de *Tau*. Pero cuando quise buscar una razón lapidaria para negarme a hacer aquello, y argumentar que nuestra Historia debía estar escrita a sangre y fuego y que debía permanecer inalterada porque sí, no soné muy contundente ni convencido de lo que decía... y por ende no tuve éxito en hacerlo desistir. Después que la mezcla de inercia-extrañeza inicial se diluyera en mí, la sugerencia comenzó a parecerme una buena idea, tan buena que le dije a Sergio que hiciese todos los cambios que estimase conveniente.

La idea fue entonces rescribir nuestra propia historia. ¿Por qué? Sencillamente porque tenemos la libertad para hacerlo y porque es divertido. En nuestras vidas comunes no podemos ir atrás y corregir las metidas de pata o cambiar algo lo que no nos gusta... pero en este proyecto nada nos lo impide. Que disfruten el experimento.

Rodrigo Mundaca Contreras
Febrero 2005

CONTENIDOS

EDITORIAL

por Rodrigo Mundaca.

FICCIÓN

La sangre del Sistran

por David Mateo.

FICCIÓN

Licantropía contemporánea

por Sergio Alejandro Amira.

BRAINSTORMING

El hombre lobo en la ciencia ficción

por Sergio Alejandro Amira.

EFFECTO PANTALLA

Firefly: la marca del fénix

por Juan Carlos Sánchez.

PUNTO OMEGA

El traidor en el árbol

por Jorge Baradit.

A CIENCIA CIERTA

Formas alternativas de hacer la guerra

por José Fco. Camacho.

CAJA NEGRA

¿Ciencia apática?

por Laura Elizabeth Vázquez.

LA SANGRE DEL SISTRIAN

por David Mateo

El hijo de la soledad y la decisión del caminante

El caminante estaba cansado y sediento. Había transitado millas y millas de tierras áridas y escarpadas, y surcado en su eterno deambular bosques tupidos y verdes. Había descendido a las grietas del abismo y ascendido a las cimas de las montañas más altas. Había espoleado su mirada desde el risco más escarpado de los Montes de la Eternidad, allá en el norte, perdiendo la mirada entre las altas olas del mar del Olvido, para retornar al plácido sur, y rozar con las yemas de sus dedos las verdes hojas de las enredaderas que crecían entre los altos árboles de Alamba, o simplemente, apoyarse contra el tronco de un joven roble, y contagiarse con su pesada y rasposa respiración. Amaba los árboles y la naturaleza, los hijos de la hermana Arankadas todavía eran jóvenes, pero el caminante era consciente que conforme aquel mundo fuera creciendo, aquellos vástagos de rugosa piel, enormes raíces y tupidas coronas, irían amasando un conocimiento que jamás llegarían a imaginar siquiera los mortales que muy pronto poblarían aquel mundo. Los hijos de La Dama Blanca nacían con el don de la paciencia y la larga vida. Alumbrados por el haz de luna que desprendía la mano de Arankadas, Alamba, Kathur, y el resto de los bosques que sembraban la árida estepa de Argos, estaban destinados a guardar en lo más profundo de su sabia elemental, kilates y kilates de información, que en los siglos venideros se convertiría en la ilustre letra que hablaría de la grandiosidad de un mundo todavía demasiado joven. Por suerte, hoy todos aquellos fresnos, hayas, castaños y robles conservaban la inocencia del primer rayo de sol. Sus raíces todavía no habían escarbado demasiado profundo, y sus

ojos seguían firmemente cerrados. Mil años no era tiempo suficiente para que despertaran y estirasen sus obturados miembros. Todavía tendrían que dormir muchas eras más, almacenando en su memoria los anodinos eventos, a veces placenteros, otras veces funestos y oscuros, que tendrían que acontecer a su alrededor; pero ese era su destino y con tal don habían sido creados. Seres durmientes llamados a gobernar en el caos y a vigilar el devenir de las épocas. Ni tan siquiera sentían curiosidad por sus hermanos menores: los animales, criaturas creadas en el génesis por la propia señora Arankadas y cuyas especies estaban poblando rápidamente el nuevo mundo. Los árboles seguían durmiendo, y el ronquido de sus pétreas gargantas retumbaba por las entrañas de la tierra como un murmullo inapreciable para la mayoría de los seres vivos. Tampoco los grandes colosos alados, creados por el propio caminante y sus dos hermanos homónimos, llegaban a comprender del todo el intrincado pensamiento de los hijos de Arankadas.

El caminante, apoyándose en el suelo y sintiendo el frescor de la hierba en sus nalgas, cerró los ojos, y entrando en consonancia con su nuevo compañero, el joven roble sobre el que se hallaba vencido, comenzó a hablar con voz armoniosa. Los ecos del caminante se perdieron a través de las sendas, claros y valles que recorrían Alamba.

—Transitaba yo la estepa de Morenea, entre las montañas de Greenglom y la cordillera Opáscara, cuando me asaltó la noche. Estaba solo en aquel tórrido desierto, pero no sentía sed, pues sabía que muy pronto saciaría mi afán con las salvajes aguas de El Grande. Siempre ha sido un placer sentarme en la orilla de El



© Sergio Alejandro Amira

BUJHO & STSRIAN

Grande y contemplar su magnificencia... siempre buscando el este, para desembocar en el Océano Virgen y hallar por fin la paz a su tumultuoso trasiego. Aquel crepúsculo sabía que muy pronto surcaría sus aguas caminando y cuando me encontrase en su cénit, agacharía la cabeza y podría contemplar a las enormes carpas oscilando en su lecho. Aquello me hacía sentir inmensamente feliz...

"Me hallaba en aquel valle, solo y aburrido, cuando encontré a un viejo castaño seco. Me apiadé de él de inmediato, pues no tendría más de cuatrocientos o quinientos años de vida, pero ya se hallaba en un estado de duermevela que sin duda le conduciría a una muerte prematura. Comprendí que el destino le había jugado una mala pasada: nacer en aquel desierto apartado y siniestro, lejos de sus semejantes, avasallado por el sol de medio día y vilipendiado por los huracanes gélidos que surcan la noche. Me pregunté por qué Arankadas, la madre de aquella humilde criatura, había permitido semejante aberración; por desgracia ella no estaba presente y no pude preguntarle. Lo cierto era que el pequeño castaño dormía en silencio, solo y abandonado, en mitad de una tierra árida que languidecía entre enormes montañas. Como la noche ya había caído decidí postrarme junto a él, y hacerle compañía en su delirio. No dijo nada, supongo que mi adhesión no era grata, sin embargo me aceptó, y aunque guardó silencio en todo momento, podía sentir la honda preocupación que hollaba su malogrado humor. Esa noche me sentí muy solo. Miraba al frente y atrás, divisaba las planicies y perdía mis ojos por los valles y cañadas que surcaban la estepa: nunca llegaba a divisar nada... absolutamente nada. De pronto comprendí porqué mi amigo se sentía tan abatido, allí no había nadie a quien espiar o simplemente contemplar en las aburridas e interminables horas del día. Los animales no suponían un foco de atención para el moribundo

árbol y los matorrales y cardos eran demasiado ladinos para entablar conversación alguna. Así pues, apiadándome de aquel decrepito y marchito ser, opté por procurarle una última distracción en su malogrado tormento. Cerrando los ojos, hice que mi voz sonara más allá de los límites del desierto. No tardaron mucho en escuchar mi llamada, y un gran dragón, de escamas grisáceas y hermosa cresta, acudió de inmediato en mi auxilio. No era uno de mis siervos, pero sí era hijo del hermano Gibbon Suth, así que a pesar de su desconfianza, pronto pude acaparar su atención. Le conté la desdichada historia del árbol y traté de que se apiadara de él. Bujjho, aquel era el nombre del dragón, complaciente, remontó el vuelo y estuvo surcando el cielo sobre nuestras cabezas durante toda la noche, balanceándose arriba y abajo como un enorme péndulo llevado por un eterno vaivén. Yo bailé y reí alrededor de las raíces del decrepito árbol durante toda la vigilia, contemplando desde tierra el majestuoso vientre del dragón y sus dos turgentes alas que rasgaban la noche a cada batida. Traté contagiar mi alegría al castaño, pero éste seguía triste y amargado. Al amanecer, el dragón, cansado de volar alrededor de nosotros, remontó el vuelo y regresó a sus tierras, y yo, apesadumbrado, pues no había logrado hacer mella en la tristeza del árbol, me arrodillé entre sus enormes raíces y traté de hablarle con tremenda ternura: "¿Qué te sucede, mi buen amigo? ¿Por qué no disfrutas de esta última noche de placer?" Contra todo pronóstico, el árbol despertó de su letargo, y su voz, alta y grave se perdió en lo más profundo de mi cabeza: "Mi buen señor... agradezco su gesto de amabilidad, pero comprenda que de poco me sirve una última noche de alegría cuando la muerte me espera a la vuelta de la esquina." Comprendía su postura pero no su temor, pues al fin y al cabo, nosotros, los seres infinitos no llegamos de discernir el miedo a la muerte y al

olvido. El castaño, ajeno a mi desvelo, continuó hablando: "Aun así debo agradecerle su gesto, mi señor, pues nadie transita los caminos y desde mi posición se me hace muy difícil llegar a ver los lomos de los grandes señores del cielo." De pronto comprendí la desdicha de aquel ser terrenal y me sentí avasallado por un funesto presentimiento: habíamos creado un paraíso, el más bello de los jardines jamás imaginado por ningún inmortal, pero sus habitantes moraban los cielos, y aunque podían tomar forma humanoide, semejantes a nosotros, preferían volar en libertad bajo su identidad originaria a languidecer en los caminos. Con aquel pensamiento en la cabeza, me dirigí de nuevo hacia el árbol y le hablé con franqueza: "Tienes mucha razón, pequeño sistrian, pues a partir de hoy ese va a ser tu nombre. Comprendo tu sentimiento de soledad y tristeza, pues los caminos están despoblados y ningún ser transita los valles y montañas. El mundo hoy se halla habitado en los cielos y la soledad corre a sus anchas por la tierra de Argos. Eso debe de cambiar... con el tiempo cambiará, pues quizás en un futuro no muy lejano, otros seres que no sean los dragones y los grandes dragones habitarán este mundo. Hoy no, mi pequeño sistrian, hoy no. Sin embargo, mi muy querido hijo de la soledad y el silencio, me apiado de ti y deseo que no sea tu sino morir en este triste valle... Deseo que vengas conmigo y te conviertas en uno de mis vástagos. Deseo que me acompañes a Alamba y veas a tus hermanos. Tu soledad acaba hoy, pequeño sistrian. Ven junto a mí y disfruta de una nueva vida en el jardín más bello jamás creado por Arankadas." Y radiante de felicidad, pues comprendía que había cometido un acto de buena fe al liberar del tormento a aquella criatura, invoqué a la magia e hice que el pequeño árbol rejuveneciera hasta convertirse en una simple semilla. Posando mi mano sobre ella, susurré un nuevo deseo que

que se convirtió en un hálito mágico que fertilizó al pequeño sistrian: "Tú, hijo mío, serás el nuevo heredero del caminante. Al igual que en su día engendré a Hummad, el Gran Blanco, hoy te engendro a ti, pequeño sistrian. Cuando nazcas en el corazón de Alamba, perderás tu estirpe para convertirte en una nueva raza de ser destinado a gobernar entre árboles y plantas. Ese es mi deseo, pequeño sistrian... ese es mi más profundo deseo. Que por tus venas corra vida y tus raíces engendren nueva existencia. Así lo mando yo... creador supremo de este nuevo mundo." Y tras aquel pensamiento, metí la semilla del sistrian en mi bolsillo y reanudé mi viaje hacia el sur, dejando atrás el agujero donde había arraigado la pequeña semillita que ahora llevo conmigo.

"Al día siguiente atravesé las montañas de Grenglon y me adentré en las ciénagas de Colodril. Finalmente, al atardecer llegué a orillas de El Grande y allí me encontré con Arankadas. La Dama Blanca, siempre bella y majestuosa, se hallaba aguardándome en la rivera, así que dedicándole mi más tierna sonrisa, me encaré con ella y pronto comprendí que no se hallaba de muy buen humor. "¿Por qué osas interferir entre los míos, señor de la creación? ¿Quién te ha dado permiso para mancillar a uno de mis habitantes?" Sabiendo que aquella señora era mujer celosa de su propio orgullo, opté por guardar las apariencias y hacerme el despistado. "No sé de qué hablas, mi señora. Simplemente ando por nuestro reino y contemplo las maravillas que nosotros mismos hemos erigido." Arankadas, furiosa por mi insubordinación, y provocando que el encrespado oleaje de El Grande arremetiera con más bravía contra la orilla opuesta del río, volvió a contraatacar: "Miles Der Vand, no te hagas el tonto conmigo. Sé lo que le has hecho al pequeño castaño y no me parece justo. Hicimos un pacto de no interferencia con los mortales, y tú, gran señor omnisciente, campas por este

mundo al libre albedrío, hablando a capricho con los dragones e interfiriendo en la vida de mis vástagos. Si yo debo guardar silencio y no dejarme ver... ¿Por qué tú, aquél que debe dar ejemplo, haces todo lo contrario continuamente?" Estuve en un tris de replicarle que lo hacía porque mi poder y mi naturaleza inquieta así me lo permitían, pero como discerní mucha hostilidad en sus ojos, preferí actuar de modo contemplativo a desatar mi furia divina. "Mi señora, está en lo cierto y convertí al joven castaño moribundo en el pequeño sistrian, mi nuevo compañero de viaje. ¿Acaso un viejo dios debe de sentirse ajeno a un sentimiento tan hondo como pueda ser la piedad? No lo creo... no sería justo, mi señora Arankadas. Ahora mi deseo es plantarlo en el corazón de Alamba y hacer que germine fuerte y majestuoso..." Los ojos de la dama, hermosas perlas de iris terrenales y celestes, se abrieron de par en par, y me contemplaron desorbitadamente. "¿En Alamba? ¿En mi jardín?" Respondí con un cabeceo y mi sonrisa se hizo tentadora, lo cual provocó la ira de mi hermana. "Ni hablar, Miles Der Vand, no permitiré que el máspreciado de mis jardines se vea mancillado por ti. Plántalo en el bosque que quieras, pero Kathur y Alamba deben de permanecer vírgenes hasta el fin de sus días. Así lo mando yo, su creadora." Aquella frase me molestó profundamente. ¿Por qué tanto celo con esos dos paraísos? ¿Acaso no habíamos creado aquel mundo para disfrutar y gozar de él? ¿Por qué prohibir la entrada en el seno de tan bellos lugares a otras criaturas terrenales? ¿Por qué mantener vírgenes los claros luminosos de Alamba o los oscuros caminos de Kathur? No tenía respuesta para aquellas preguntas, pero lo cierto era que la obstinación enfermiza de Arankadas por salvaguardar sus jardines de árboles y flores me soliviantaba cada vez más. "No pienso discutir más esta cuestión, Arankadas. El sistrian crecerá en el corazón de Alamba y nada ni nadie podrá

evitarlo, ni tan siquiera tú, mi muy querida hermana. Yo creé este mundo, y mi palabra debe respetarse como ley." Dicho esto, crucé mis brazos estoicamente, y aunque pude distinguir un atisbo de insubordinación en los ojos de la dama, comprendí que Arankadas no replicaría a mis palabras. Con aire melancólico, la mujer se apartó de mi camino y señaló el sendero que conducía hasta el gran río y señaló más allá del afluente. "Muy bien, mi señor, en tal caso seguid hacia el sur y recorred los caminos prohibidos de Alamba. Su voluntad es ley desde el inicio de los tiempos y yo nada haré por agraviar su deseo. Tened buen viaje." Y sin más, La Dama Blanca desapareció y mi camino se vio libre de todo obstáculo. Complacido retomé el rumbo y mi eterno deambular por la tierra de Argos continuó hacia el sur... hasta las tierras que hoy se hallan bajo mis pies cansados.

Con aquella frase, el caminante terminó de relatar su historia al roble, y tras escuchar el susurro de complacencia pronunciado por el árbol, estiró todo su cuerpo y sintió como el embate del sueño comenzaba a subyugarlo. Llevando la mano al bolsillo de su desgastado abrigo, acarició la pequeña semilla de sistrian y se sintió complacido consigo mismo. Todavía le quedaba medio día de viaje para llegar al corazón de Alamba; para agilizar su marcha podía llamar a un dragón y volar en libertad sobre su lomo, pero el viejo dios deseaba caminar en paz, y deleitarse con los bellos paisajes del gran hijo de Arankadas. El bosque de Alamba no dejaba de seducirle por su belleza divina y natural. Pronto el caminante quedó profundamente dormido, y todo a su alrededor quedó en paz.

Pero Arankadas, orgullosa y sagaz, no había quedado conforme con la discusión entablada con el viejo señor de los dioses en la ribera de El Grande, y maltrecho su orgullo, obró con arrogancia y extremo desdén. Antes de que Miles

Der Vand pudiera despertar de su apacible sueño, rompió el sello que prohibía a cualquier ser maligno entrar en los límites de Alamba o Kathur. Se sentía tan ofuscada por la decisión autoritaria de su señor, que comprendiendo que su paraíso mimado iba a ser violado por las manos de otro inmortal, poco podía importarle ya que conservara la belleza originaria con la que había sido creado. Tomada esa decisión, la diosa llegó a los límites de Alamba y cantó durante gran parte de la noche:

*Rojo y sangriento amanecer, negro crespón
oculta la noche cerrada, gris oscuro de cielo
encapotado... libera la inerte barrera que rodea
al jardín sagrado, desvanece los latidos que
engendran protección y salvaguarda, rompe el
sello milenario que protege el destino de todos
lo habitantes de este lugar.*

*Inunda la noche con tus ojos rojos y sacude la
tierra virgen que ningún mortal ha pisado jamás,
lame con tu negra lengua las agujas de pino
caídas y las vetustas raíces que emergen del
asfalto como retorcidos miembros. Tu mano deja
hoy de velar por la protección de este paraíso
y todo aquel que fue rechazado en el pasado
hoy será acogido sin temor o preocupación
alguna.*

*Una vez que el viajero ha traspasado las fronteras
del sendero velado, nada ni nadie deberá estar
sujeto a restricción alguna, ya sea su corazón
oscuro o luminoso. Oh, Alamba...oh, alamba,
hijo mío... yo te libero... a ti y a todos mis hijos.
Tus senderos y caminos ya son libres. A partir
de hoy caminarás en solitario... deseo que la
suerte te acompañe para toda la eternidad.
Adiós, Alamba, mi buen hijo...*

Tras estas palabras, Arankadas se convirtió en una sombra difusa y observó como la noche se volvía más negra sobre las copas de los árboles. Pronto comenzó a percibir el latido lejano

y siniestro del impío corazón. Estaba aproximándose... lentamente, pero estaba llegando... En cuanto el sello de protección, que ella misma había instaurado sobre Alamba en los albores de la creación, había caído, él, el olvidado, el desterrado, el repudiado, había abandonado su oscuro cubil y había cernido sus garras sobre uno de los últimos paraísos de Argos que todavía no se hallaban mancillados por su pérfida lengua. Arankadas, cercada por el horror, se sintió terriblemente ofuscada, y percibiendo como su pecho latía descontroladamente, pues era consciente de la llegada del perverso, comenzó a retroceder en la noche. De pronto se preguntaba si había obrado correctamente o en cambio, se había dejado llevar por un impulso demasiado precipitado. Sintió temor al comprender que había traicionado a su propio hijo... a aquél al que había moldeado y germinado con la propia sabia de sus genes. Horrorizada, y sintiendo como la negra sombra se materializaba por encima de su cabeza, comenzó a correr hacia el norte, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Durante mucho tiempo sus sollozos de dolor, por el mal que ella misma había desatado sobre Alamba, continuaron latiendo en el ambiente, y ni tan siquiera, la imponente presencia que había arribado desde muy lejos, pudo sofocar aquel lamento imperecedero...

Amanecía, y un turgente rayo de sol se filtraba entre las altas copas de los árboles, alumbrando directamente el rostro del caminante, cuando éste comenzó a estirarse entre las raíces del roble y el sueño se desvaneció rápidamente de su cabeza. Miles Der Vand, abandonó el mundo onírico de los durmientes y lentamente abrió los ojos legañosos... de inmediato un gran sobresalto hizo que sus párpados se abrieran de par en par y sus cuencas oculares se dispararan hasta casi salir de sus órbitas. Ante él, acuclillado y apoyando

los brazos sobre las rodillas, se erigía una negra sombra que reconoció de inmediato, a pesar de los muchos siglos acontecidos sin que sus caminos se hubieran entrelazado. Era un individuo estirado, de rostro gris y facciones inhumanas. Sus ojos saltones se abrían sin pestañas ni párpados, y sus iris, dotados de una profundidad eterna, mostraban tanta sabiduría como la que pudiera ocultar el propio caminante. En cuanto el durmiente despertó, el recién llegado exhibió en sus ladinos labios una maliciosa sonrisa que acentuó sus facciones agudas y siniestras. No era un semblante desagradable, aunque si su propietario lo deseaba, sí que podría llegar a serlo. Miles Der Vand ya había presenciado otras muchas veces lo fúnebre y terrible que podía llegar a ser ese rostro. Sin embargo, aquella mañana, tan extraño invitado mostraba una cara sonriente y descarada, algo que perturbó profundamente a su sorprendido hermano.

–Yeresath...–murmuró el caminante en un susurro.

El señor de los demonios, agachó la cabeza en un gesto de asentimiento, y su sonrisa se ensanchó aun más.

–Miles Der Vand... –respondió con una voz profunda y atractiva– ...hacía mucho tiempo... mi muy querido hermano.

Perturbado por aquella presencia, el caminante se incorporó de un brinco y el diablo hizo lo propio. Los dos dioses, cuya esencia representaba la antítesis más opuesta del Universo, se observaron el uno al otro y de inmediato emergieron las viejas rencillas.

–Pensé que habías rehusado a pisar jamás esta tierra –inquirió Miles Der Vand loco de furia.

–Mi voto fue tan plausible como pudo ser el tuyo, viejo amigo –respondió Yeresath–. Yo he mantenido mis zarpas lejos de Argos, en cambio tú sigues transitándolo en compañía de esos patéticos y débiles diosecillos que languidecen bajo tu mandato.

–Retorna a la oscura dimensión a la que fuiste desterrado después de imprimir tu huella en este inocente mundo y no te atrevas a poner un solo pié aquí jamás.

Yeresath negó con la cabeza y sus ojos se clavaron en el bolsillo del caminante. Inmediatamente Miles Der Vand cerró su mano con más fuerza sobre la semilla del sistrian y se dispuso a protegerla con todas sus energías. No permitiría que las abyectas manos del Dios de la Locura cayeran sobre su nuevo compañero.

–Este mundo es tan mío como tuyo, mi querido hermano –siseó Yeresath–. Nada ni nadie me puede impedir transitar por él...

–Pero este lugar... Alamba, está vetado para ti –replicó una vez más el caminante–. Ni la oscuridad, ni la maldad pueden atravesar sus fronteras. El halo de La Dama Blanca protege este bosque y tus zarpas deben mantenerse bien lejos de las raíces de todos estos árboles.

El diablo se cruzó de hombros y su sonrisa se volvió aun más pagana.

–Pues heme aquí, querido hermano, ante tus propios ojos, y nada ni nadie ha osado interrumpir mi camino. La oscuridad, por fin, tiene cabida en este bosque. Ya iba siendo hora, ¿no crees?

Miles Der Van, ofuscado, no supo que responder. La presencia de Yeresath solo podía significar una cosa: la traición de Arankadas. Loco de furia, el caminante se dispuso a desatar toda su cólera sobre el diablo, pero antes de que el dios supremo de lo justo y la bondad pudiera alzar la voz, el dedo garrudo de Yeresath señaló el bolsillo de su enemigo y habló con voz tentadora.

–¿Qué llevas ahí, querido hermano? –preguntó con voz susurrante, como una serpiente traicionera.

El caminante, ofuscado ante aquella pregunta, quedó inmóvil y su frente se llenó de arrugas.

–Nada que pueda interesarte, rufián sin sentimientos.

Yeresath, percibiendo una nota de duda en la voz del dios, dio un brinco hacia delante y comenzó a bailotear alrededor de su hermano.

–Supongo que no llevarás en ese bolsillo a un nuevo ser consagrado con tus dones –insistió riendo una y otra vez–. Supongo que no pretenderás crear en Argos una nueva raza. ¿No es así, mi querido amigo?

Miles Der Vand lanzó un gruñido, y comprendiendo que para salvaguardar el orden de las cosas debía mentir al diablo, habló con voz cavernosa.

–Aquí llevo la semilla de un simple árbol –repuso evitando mostrar cualquier sentimiento–, uno de los hijos de Arankadas que rescaté de la estepa de Morenea. No es más que un árbol, quizás de una familia diferente a todos los que crecen en este bosque, pero con las mismas peculiaridades.

–Déjame verlo –inquirió Yeresath con un brillo indolente en los ojos.

–¿Desde cuando te interesan los árboles, demonio mentiroso?

–Déjame ver esa semilla –repitió Yeresath con voz furibunda.

Miles Der Vand, que no deseaba entrar en conflicto con el diablo por miedo a que el pequeño sistrian pudiera sufrir algún daño, se rascó el bolsillo y sacó de él la pequeña semilla. Mostrándola entre sus dedos, sintió como los inmundos ojos del demonio trataban de discernir algún sentimiento en aquella pequeña larva, pero el sistrian todavía era un ser inerte y sin sentido, demasiado inocente para llegar a mostrar algún signo de vida, así que el diablo tuvo que tragarse todas sus sospechas y desatar su rabia en una sarta de amenazas.

–Sabes tan bien como yo que no puedes dar vida a un nuevo ser o a una nueva raza. El Orden del Universo así lo impone: no existe bien sin mal y mal sin bien. Quizás ese gordinflón de Gibbon Suth, heredero de la neutralidad, pierda

su valioso tiempo embriagándose con placeres mundanos más propios de los mortales que de los dioses, pero yo no, mi querido Miles Der Vand. Yo sigo al acecho desde el Abismo, y no permitiré que desafíes a las leyes de la naturaleza y del Universo impunemente y como tan a menudo acostumbras hacer. Nuestras manos se unieron una vez para dar vida a las estirpes de los grandes dragones y de los dragones menores... después los tres grandes dioses hicimos la promesa de no crear más seres vivos sobre la faz de Argos sin la autorización de nuestros opuestos. La balanza entre bien, mal y neutralidad no puede ser mancillada, ni roto su equilibrio.

–Lo sé perfectamente, Yeresath, no necesito que vengas a decirme lo que debo y no debo hacer –replicó el caminante–. Ahora te pediría que abandonaras este apacible lugar y retornaras a la inmunda cueva a la que fuiste exiliado.

El diablo, mostrando su desconfianza con un gesto pícaro y rufián, se aproximó a su hermano, y rodeando sus hombros con un brazo, lo estrechó con fuerza contra su seno, de inmediato una fuerte repulsión hizo que Miles Der Vand tratara de zafarse de aquella presa, pero el demonio apretaba demasiado para lograr separarse de él.

–En ese caso, mi muy querido hermano, nada tienes que esconderme. Si los menesteres que te traen por estos bosques son tan loables y distinguidos, como en ti suele ser habitual, permitirás a este viejo y cansado dios acompañar tu camino. En los acantilados del Abismo se pasa mucho tiempo solo, rodeado de bestias xenófobas y estúpidas; hace décadas.... qué digo, siglos.... que no hablo con otros dioses, y me gustaría platicar contigo mientras paseamos tranquilamente bajo las verdes copas de estos árboles.

El caminante, que en ningún momento se dejó engañar por las zalameras palabras de aquel

mentiroso insaciable, lo observó con recelo. Yeresath no dejaba de mostrar su sonrisa aviesa y a la vez cautivadora. Estaba urdiendo una estratagema, de eso Miles Der Vand no tenía la menor duda. Un plan que lo llevase hasta el emplazamiento donde la pequeña semilla fuera plantada y germinada. Al principio sintió temor por lo que el diablo pudiese hacer en contra del árbol, pero conforme iba recapacitando, comprendió que Yeresath no haría nada que pudiese dañar al sistrian, al menos sin un motivo de peso. Aquel ser siniestro y opaco no era amigo de actuar premeditadamente, ni ganarse la antipatía de los otros dioses sin esgrimir motivos de peso. Miles Der Vand plantaría la semilla en el corazón de Alamba y permitiría que el sistrian germinase y extendiera sus primeras raíces buscando el sustento del suelo. Yeresath poco podría hacer en contra del árbol, pues durante los primeros cien años, el nuevo ser se dedicaría a crecer libremente. Yeresath pronto perdería su escasa paciencia por un simple árbol, y no tardaría mucho en desviar su mirada hacia otros asuntos más importantes sin sospechar que bajo la dura corteza del sistrian latía vida y sentimientos que lo diferenciaban de los demás árboles. Ese era el pensamiento del dios supremo de la bondad, pero Yeresath, criatura astuta y maliciosa donde las haya, tenía unos planes muy diferentes, y desde el momento en que puso sus aviesos ojos en la redonda semilla que escondía su antítesis, comprendió que en su seno se ocultaba un gran secreto.

–Bien... –respondió por fin el caminante, dispuesto a aceptar las exigencias del diablo con tal de que le permitiera seguir su senda sin que llegara a levantar las sospechas de tan ladino individuo—. Permitiré que vengas conmigo, de esa manera comprobarás con tus propios ojos que no deseo más que satisfacer el pequeño deseo de salvaguardar la vida de un simple árbol.

–Así sea, viejo amigo.

Y los dos dioses siguieron adelante sendero abajo, juntos pero manteniendo una distancia prudencial. En contra de lo previsto, en ningún momento cruzaron palabra, y durante el resto de la jornada caminaron en silencio, observándose en todo momento con resquemor y desconfianza. Tan solo los árboles, mudos y silenciosos guardias de Alamba, fueron testigos de la tensa caminata que compartieron tan encarnizados enemigos.

Pasado el medio día, y cuando el sol lucía más alto en el firmamento, dorando las copas de los árboles y creando hermosos tapices de colores entre la hojarasca y las agujas secas que formaban la tupida alfombra que cubría los suelos del bosque, los dos dioses llegaron al mismísimo corazón de Alamba. A pesar de la infausta compañía que seguía sus pasos, Miles Der Vand se sintió feliz y en paz consigo mismo. Percibía como la magia y la nostalgia impregnaban aquel lugar; era como si un canto dulce, pero a la vez demasiado amargo, inundara el ambiente que predominaba en las proximidades y fuera capaz de cautivar el corazón de todo ser viviente que paseara por las proximidades. Aquella melodía era una llamada nostálgica que brotaba de las raíces más profundas de los árboles y se perdía más allá de las copas los viejos abedules y los robles más sabios. Rememoraba la magia, el agua, la luz, el sol, el cielo, y el más intenso deseo de saciar la vida natural que impregnaba cada rincón de Alamba. Miles Der Vand sintió ganas de bailar desnudo entre las enormes raíces de los robles y castaños, y elevar la mirada hacia el cielo para contemplar la elaborada maraña de enredaderas y hiedras que conformaban una densa e intrincada bóveda. Respiró hondo y dejó que el aire fresco y húmedo que impregnaba aquel lugar inundara sus pulmones. Sin duda, salvando quizás la acogedora oscuridad de Kathur, aquel era el más bello paraje creado por La Dama Blanca. Allí los árboles crecían más fuertes

y sabios, su sueño sempiterno era menos profundo, y prestando un poco de atención, podía escucharse perfectamente el murmullo de los árboles al hablar entre sí. Era un ronroneo que flotaba en el ambiente y acariciaba las mejillas, dejándolas húmedas y resbaladizas, como si una gota de lluvia floreciese en la cara y se convirtiera en gélido rocío al despuntar la aurora.

–Bellos son los sueños profundos de Arankadas... –susurró Miles Der Vand incapaz de apartar la mirada de tan voluptuoso paraíso... y más bellos aún son los paisajes que surgen de su mente y cobran vida ante nuestros ojos.

Pero Yeresath nada dijo al respecto. Permaneció al lado del caminante, con la boca sellada y los ojos oscurecidos por una siniestra sombra. Miles Der Vand pensó que aquel ser negro y zafio jamás tendría el don de llegar a apreciar la gracia con la que había sido consagrado aquel maravilloso paisaje; sus oídos nunca podrían captar la voz tumultuosa de los árboles, el regocijo de los animales en su continuo deambular o el susurro de los manantiales subterráneos que surcaban las entrañas de Alamba y cuya agua, fresca y limpia, procuraba que el verde y el marrón de las plantas lucieran más vivos y brillantes que en ninguno de los bosques de Argos. Durante unos instantes sintió pena y lástima por él, pero consciente de que Yeresath únicamente velaba por sí mismo y sus indescifrables intereses, prefirió omitir toda clase de comentarios, y perder la mirada entre los árboles.

–Supongo que no pretenderás pasar aquí el resto del día –inquirió el demonio enfurruñado.

–Podría pasar aquí décadas, siglos y eras, Yeresath –replicó el caminante-. Todo cuanto vislumbran mis ojos es digno de admiración y deseo. La vida late con más fuerza en esta parte del bosque, y todo parece germinado por la mano ociosa de Arankadas.

El oscuro, molesto por el retraso en la misión, se sentó en el suelo y cruzó brazos y piernas en un gesto de impaciencia, lo cual provocó una sonrisa maliciosa en el rostro del dios de la bondad.

–Nadie te obliga a estar aquí, Yeresath. Si te aburres regresa al Abismo y déjame en paz... a mí y al pequeño sistrian.

Pero Yeresath nada dijo al respecto, sino que acabó tumbándose en la hierba y cerrando los ojos, escuchó las pisadas de su forzoso compañero al bailotear entre las raíces de los árboles y el susurro de sus labios al entonar hermosos versos:

Hemos encontrado un hogar... hemos encontrado un hogar...

... un hogar para el pequeño sistrian... un hogar donde no llorará más...

... pequeño sistrian podrá crecer y crecer hasta que su copa rompa las ramas de otros árboles...

... pequeño sistrian no sufrirá ni pasará más sed...

... hemos encontrado un hogar... hemos encontrado un hogar...

Y durante muchas horas de la tarde el dios se regocijó de la buena suerte que acompañaba a la pequeña semilla del castaño convertida en el renacido sistrian, y sintió como una punzada de esperanza brotaba desde lo más hondo de su bolsillo, pues el nuevo ser se sentía inmensamente feliz y había olvidado las desdichas de su anterior vida, antes de alcanzar la reencarnación. Finalmente, cuando el sol se ponía en el horizonte, y las sombras de los árboles se volvían más angulosas, el dios se aproximó justo al centro del bosque, y allá donde se abría un enorme claro y donde no brotaba espiga alguna, se arrodilló en el suelo y posó sus manos sobre el frío terrenal. Yeresath, que se había quedado adormilado, se incorporó

rápidamente, y clavó sus ojos en el postrado caminante.

–Aquí será... –murmuró Miles Der Vand–... este es el sitio donde debe germinar. Justo donde no falta el alimento ni el agua, donde la magia se arremolina con más fuerza y el batir del tiempo se vuelve majestuoso y tormentoso. Aquí debe de ser, pequeño sistrian.

Y sin más, el dios hizo un agujero en el suelo con un dedo, y sintiendo en todo momento la mirada interesada de Yeresath, echó mano a su bolsillo y sacó de él la pequeña semillita.

–Ha llegado el momento de separarnos, mi bueno amigo. Crece alto y fuerte... –Y sin más, Miles Der Vand arrojó al sistrian al interior de la oquedad y la cerró sepultándola bajo un manojo de tierra húmeda. Después se volvió hacia el claro y observó de reojo a Yeresath. El diablo seguía pendiente de él, atento a cualquier movimiento que pudiera levantar sus sospechas. Pero el caminante no podía permitir que aquella criatura inmundada amenazara la vida del nuevo ser que hoy había visto la luz de una nueva existencia, así que colocándose a cuatro patas, aproximó sus labios al suelo y habló con voz melodiosa-. Antes de abandonarte, mi muy querido amigo, voy a suplicarte un último sacrificio... una restricción necesaria para que tu existencia se perpetúe durante muchas eras. Crece y álzate cuan ancho y alto creas conveniente... sé el más hermoso de los árboles, pues ese don te acompaña, pero una cosa debes tener en cuenta: oscuros ojos contemplan tu existencia y en cuanto hallen en lo más profundo de tu corteza un mínimo brote de luz o sentimiento, tu vida se verá amenazada y yo nada podré hacer por defenderte. Por tanto te suplico que guardes silencio, tanto de garganta como de corazón. No muestres durante quinientos o mil años ni una mínima parte del gran milagro con el que has sido consagrado. Te mostrarás ante el resto de los seres vivos, ya sean animales

o bestias inteligentes, como un simple árbol. Si logras superar esta prueba de dolor, tú serás el nuevo ser vivo que pueble la tierra de Argos, si en cambio fallas ante los ojos de Yeresath... nada podré hacer por auxiliarte y tu destino será el mismo que pudiste haber encontrado allá en las tórridas tierras de Morenea. Ahora elige tu destino, pequeño sistrian, y empieza a vivir.

Un soplo de vida brotó de los labios del caminante y removi6 la tierra que se alzaba allá donde había sido plantada la semilla, de inmediato un destello de energía brotó del suelo con la misma fuerza que la sabia emerge de las entrañas de un árbol cuando se hiere su corteza, después el viejo dios se incorporó con gestos cansados y se dirigió hacia su rival.

–Hecho está, Yeresath. El árbol ha sido plantado y ahora observaré desde la lejanía su crecimiento. No oses atacarlo, pues mi furia no tendrá límites. Compórtate con justicia y no derrames tus negras garras contra los pequeños brotes que hoy son sus raíces. Si algún día llego a saber que has causado algún mal al pequeño sistrian, lanzaré mis hordas contra el Abismo y no descansaré hasta colgar tu sucio pellejo en la puerta de mi hogar.

Yeresath, indiferente a las amenazas de su encarnizado enemigo, se incorporó de un brinco y acudió a la vera del caminante. Sus impíos ojos se clavaron en el terrenal en donde la semilla había sido plantada. Durante unos instantes Miles Der Vand temió que Yeresath pudiera captar el latido de vida que imperceptible brotaba desde lo más profundo del suelo, sin embargo el demonio se mantuvo en silencio y sus ojos se convirtieron en profundos pozos zainos.

–Si respetas el pacto de concordia y las leyes fundamentales del Universo, nada debes de temer, Miles Der Vand. Tu estúpido árbol crecerá en paz y yo me mantendré alejado de su sombra... –De pronto el demonio se volvió hacia el caminante y sus ojos, enardecidos, despidieron

chispas de pura maldad. El rostro de aquel ser emergido de la tormenta y la oscuridad era una máscara de pura crueldad capaz de helar la sangre al dragón más poderoso de Argos—. En cambio, hermano mío, si encuentro el más leve signo de traición y huelo tus artimañas en la génesis de esta criatura, nada podrás hacer por contener mi mano. Desataré toda mi rabia sobre tu patético vástago y no descansaré hasta que su tronco se convierta en una pira funeraria.

Esta vez Miles Der Vand, temeroso de la amenaza proferida por el diablo, optó por no responder, en cambio retrocedió cuatro pasos y observó por última vez el suelo donde había sido enterrada la semilla. En apenas unos segundos, un delgado brote había surgido de la tierra, y su tallo, verdemar y reluciente como una esmeralda, se había convertido en la más hermosa joya de todo el jardín de Alamba. El dios pudo sentir como el resto de los árboles murmuraban entre sí movidos por la curiosidad que aquel nuevo ser despertaba en ellos, sin embargo el sistriano seguía allí, infinitamente diminuto al resto de los habitantes de Alamba pero ansioso por encumbrarse hasta lo más alto.

Miles Der Vand, satisfecho, agachó el rostro y se mesó la larga cabellera blanca. Se sentía orgulloso por el nuevo ser que había engendrado, pero al mismo tiempo temía la posible represalia llevada a cabo por Yeresath si en algún momento salía a relucir la verdad sobre el origen del sistrian y su impronunciable secreto. El señor del mal podía apelar a las leyes de las tres grandes dotes del universo: bien, mal y neutralidad, y crear una nueva raza portadora de sus genes, pero en cambio, la naturaleza impía del diablo le instigaría a destruir lo creado, antes de engendrar nueva vida. Ese era el mayor anhelo de Yeresath... destruir y sumergir el mundo en tinieblas; y sus vástagos, herederos de su sangre, eran los lacayos de su terrible y ominosa apología. Así pues, el dios de la bondad ocultando sus temores,

y el diablo consumido por la duda, optaron por separarse y seguir por sendas diferentes su camino, dejando en paz al pequeño árbol.

El caminante siguió su rumbo hacia el sur, buscando la costa más meridional de la península oriental de Argos; en cambio, el dios de las tinieblas partió hacia el norte, huyendo de los bellos y luminosos parajes de Alamba y tratando de alcanzar la oscuridad de Kathur. El demonio era consciente de que con la llegada de la mañana, Arankadas, movida por su orgullo, también habría diluido el segundo sello de protección que guardaba la virginidad del bosque, permitiendo la llegada de todos los seres que pululaban por aquel bello mundo. Yeresath estaba seguro de que en Kathur, a diferencia que en Alamba, podría desatar su obra, pues sus caminos eran tenebrosos y las copas de los viejos árboles encorvados y resinosos, eran tan tupidas, que formaban una espesa maraña de ramas y hojarasca que impedía la irrupción de los rayos del sol en sus tétricos caminos. Aquel bosque, que en el futuro recibiría el apelativo del Bosque de la Sombra y sería temido tanto por humanos, como por elfos y dragones, estaba a su merced, y antes de que el despistado caminante reparase en el error cometido por la vanidosa Arankadas, Yeresath invocaría una maldición sobre él y desataría tal infierno en su seno, que todos aquellos que osaran poner un pie en sus límites quedarían condenados por el resto de sus vidas. Pero esto es una historia que quizás deba de ser contada otro día. En cambio, lo que nos ocupa hoy era la suerte que iba a correr el pequeño sistrian, así pues, mientras el demonio marchaba hacia el norte y cruzaba las fronteras de Alamba en forma de oscuras nubes de tormenta, su mente retorcida comenzaba a dilucidar extraños planes que implicarían al vástago de Miles Der Vand. Era consciente que pese a todo el odio que aquel ser le deparaba, no podía hacer nada en su contra. El sistrian no era más que un árbol,

un simple árbol... uno de los muchos que sembraban el gran reducto de Alamba. Si osaba atacarlo, despertaría la ira del dios de la bondad, sin embargo había algo que Yeresath no llegaba a discernir con claridad, algo que implicaba a Miles Der Vand y sus odiosas artimañas. Inevitablemente las sospechas del diablo se volvieron insoportables, hasta tal punto, que antes de abandonar Alamba, hizo un alto en el camino y descendió de nuevo a las entrañas del tupido bosque, allí invocó del Abismo a uno de sus más fieles lacayos, un demonio menor llamado Bushu, y en la lengua prohibida de la oscuridad, expuso todo cuanto había sucedido en el bosque y sus sospechas sobre los tejemanejes del caminante.

–Plantó el árbol en lo más profundo de Alamba, allí donde el sol pega más fuerte y el clima es templado y apacible. Me prometió una y otra vez que ese árbol no tiene vida en su seno... lo juró y lo perjuró, sin embargo presiento que miente, y el tal sistrian no es un árbol, sino que en lo más profundo de su corteza late un enorme corazón. Mi deseo es que permanezcas junto a él día y noche, que no te separes de su sombra y estés al acecho durante el tiempo que sea necesario. Vigila al árbol hasta que yo te lo ordene y descifra su pensamiento y sus anhelos...

El demonio, horrorizado al escuchar aquellos mandamientos, retorció su encorvado cuerpo en una mueca de súplica, y sus ojos, deformados en meras rendijas, buscaron la piedad de su amo.

–¿Y mi hogar, mi señor? He dejado mi hogar en el Abismo...

–Desde hoy este será tu hogar –respondió Yeresath despiadado.

Bushu, incapaz de dejar de temblar, miró los árboles, las verdes plantas, el sol que no dejaba de brillar sobre su deformada cabeza, y el frescor que corría entre la hierba. Un escalofrío recorrió su zafio cuerpo y horrorizado se arrojó a los pies

del dios de las tinieblas.

–Señor... tenga piedad de este humilde vasallo... este lugar es inhóspito e inadecuado para mi. Aquí no hay oscuridad ni podredumbre. Un destierro así es insoportable...

Pero Yeresath no mostró piedad alguna, es más, su cólera fue en aumento al escuchar los lloriqueos del diablo.

–No hay nada más que decir –inquirió zafándose de las retorcidas manos que no dejaban de suplicar a sus pies–. Esa es mi decisión. Permanecerás aquí hasta que yo lo mande. Nada tendrás que temer de este bosque, pues el sello mágico que lo protege fue roto por Arankadas y ahora todos los seres, ya sean benignos u oscuros, son bienvenidos a sus caminos. Vigila al árbol día y noche, no apartes tu mirada de él hasta que yo ordene tu regreso o halles en su interior algún signo de sentimiento que lo diferencie del resto de los árboles. Si tal es el caso avísame sin más demora, y yo acudiré presto con una espada, dispuesto a atravesar el corazón del árbol y poner fin a tu destierro. Ese es mi mandato, Bushu, y no oses contradecirlo o desatenderlo, pues pagarás las consecuencias con tu vida.

Dicho eso, y sin esperar a escuchar más lamentos de la bestia desterrada, Yeresath se desvaneció en una sombra y se elevó en forma de oscura borrasca, hasta convertirse en una nube remota que marchaba hacia el norte. Bushu quedó entonces solo, en mitad del bosque, confinado a una misión que sin duda se prolongaría eras y eras. Temeroso de las repercusiones de su amo si osaba desafiar la ley promulgada por sus amoratados labios, agachó la cabeza y arrastrando los pies se adentró en el camino que conducía a lo más profundo de Alamba, en busca de aquel que iba a ser su nuevo e inseparable compañero por mucho... mucho tiempo.

El crecimiento del sistrian y el nacimiento del ívoles

Durante doscientos años el sistrian creció alto y fuerte, convirtiéndose en el más ostentoso arbusto que jamás nació en la tierra de Argos y sobrepasando su copa más alta a los demás árboles que arraigaban en Alamba. Su tronco era un coloso leñoso y retorcido, que más se asemejaba a un castaño de diez mil años, que a un joven árbol cuya edad apenas superaba los dos siglos. La sabia fluía abundante por los retorcidos nervios que surcaban todo su tallo, un enorme cuerpo que superaba los cien metros de diámetro y se erigía hacia cielo raso otros tantos. La sangre del sistrian, tan espesa que parecía resina, acumulaba tal inteligencia y sabiduría que haría enmudecer a todos los seres vivos de la tierra... ya fueran viejos dragones o rapaces jóvenes. Densas marañas de lianas y enredaderas caían desde el cielo, surgiendo desde las copas más altas, un espeso y nutrido núcleo de verdes hojas alargadas y ramas enmarañadas, y llegaba hasta rozar el suelo, formando una salvaje cortina habitada por todo tipo de insectos y arañas tejedoras. Las raíces del sistrian se alzaban desde el suelo y se erigían metros y metros en el aire, algunas eran tan altas que formaban extraños puentes duros y romos, otras cobijaban en su seno madrigueras de zorros o pequeños nidos donde criaban las musarañas y los furtivos ratones.

Uno no podía dejar de pasar ante el sistrian y no sentirse subyugado por la exótica belleza que desprendía tan inusual árbol. Tal era la magnificencia del sistrian, que muy pronto Arankadas olvidó la desconfianza que le deparaba, y cantó a su alrededor, bendiciéndole y otorgándole la gracia que ya tenían sus otros herederos. La magia de La Dama Blanca fluyó por sus venas, y el sistrian, ya en sus orígenes, se vio versado en los dones y la fuerza de la diosa naturaleza, un poder muy diferente a la

magia que nacía en los engranajes del telar de Gibbon Suth. Sin embargo, el joven árbol debía seguir en silencio a perpetuidad, pues Yeresath todavía no había retirado a su esbirro de las estribaciones, y Bushu seguía vigilándolo día y noche, deslizándose entre los árboles vecinos como una serpiente traicionera o simplemente tendiéndose a sus pies, y acomodando su cornuda cabeza entre los brazos, observando atentamente su negro y hollado tronco. A lo largo de todo ese tiempo, el demonio había comenzado a sospechar algo. Ciertamente era que el sistrian permanecía siempre callado, y que en ningún momento había logrado hallar en lo más profundo de su tronco un corazón palpitante que pudiera resguardar vida. Ni tan siquiera había podido atisbar una pizca de sentimiento. Sin embargo Bushu, a menudo, paseaba entre las enormes raíces del sistrian y percibía un lejano estremecimiento. No era más que un eco vago y remoto, pero era tan melancólico y triste, que el demonio tenía que contener la marcha y alzar la mirada hacia las altas copas para tratar de discernir de dónde venía aquella extraña sensación. Pero el sistrian siempre permanecía callado. En cuanto los ojos ladinos del sirviente de Yeresath lo escrutaban, el sistrian recordaba las advertencias de su creador y guardaba silencio, acallando todo el dolor que pudiera sentir ante tan atípico encierro.

Y así pasaban las semanas, los meses, los años, las décadas... y los siglos; el vigilante acechando día y noche, tal como le había encomendado su señor, y el durmiente encerrado en un sueño forzoso y demasiado doloroso. Únicamente el sistrian se veía liberado del acecho del demonio cuando el caminante regresaba a Alamba y paraba ante su sombra para reposar sus piernas cansadas. Pero ni tan siquiera entonces podía despertar del todo, pues Miles Der Vand era consciente de la presencia de Bushu, e incluso en esos momentos instigaba a su hijo a guardar silencio y mantener su alegría

bien disimulada. Aquella situación angustiaba más y más al joven sistrian, que a pesar de tener vida, a pesar de haber burlado a la muerte, se veía forzado a permanecer encerrado en una tumba de madera. Sus sentimientos se veían sofocados una y otra vez, y sus ansias de vivir fueron sepultadas por una desgraciada depresión. Miles Der Vand trataba de animarlo con canciones y relatos: Historias de tierras lejanas, de batallas entre los grandes dragones blancos, comandados por el noble Hummad, y los siniestros dragones negros sobre las colinas de Punk-A Toe, mucho más al oeste, más allá del Mar de Azag. Le habló del perverso Seméfoles, quinto vástago de Kunna el Negro, cuyas tiránicas ambiciones habían llevado la guerra entre las diferentes estirpes de dragones. Pero todas aquellas proezas y grandes gestas parecían traer sin cuidado al silencioso sistrian, que yacía abandonado a una intensa melancolía. Habitualmente, al ver que era incapaz de mellar en el dolor de su hijo, Miles Der Vand lloraba amargamente y se compadecía de aquella triste criatura, después tenía que partir sin remedio, pues su marcha no podía demorarse, por muy grande que fuera la angustia de tener que dejar abandonado al sistrian a merced, una vez más, de la continua vigilancia de Bushu.

Con el tiempo los conflictos y las disputas en el Jardín de Grandia provocaron que las grandes deidades abandonaran Argos y optaran por no pisar jamás la tierra, liberando de su yugo a las criaturas mortales que ellos mismos habían moldeado. Así pues el pequeño sistrian quedó olvidado y solo, viéndose privado de las visitas ocasionales del caprichoso caminante y de la Dama Arankadas. Sin embargo, el rencoroso Yeresath, cuya memoria era más fina y maliciosa que la de su opuesto, no olvidó jamás al joven árbol y en ningún momento desvió su atención de los bosques de Alamba, confinando a Bushu a un eterno destierro.

Por primera vez en eras de existencia, los

días se volvieron oscuros y salvajes sobre Argos, y durante mucho tiempo reinaron épocas infaustas sobre la faz del joven mundo. Sin el amparo de los dioses, el caos calló sobre la tierra. Los grandes dragones alzaron sus ejércitos y sobre los cielos borrascosos corrió un viento de lamentos y lágrimas. Fueron años de azufre y fuego, de carne desgarrada y cuellos rotos. Los dragones combatieron en el norte y en el sur, las jaurías aladas tomaron el firmamento, y la estirpe de Hummad, el blanco, combatió al nuevo señor de los dragones negros: Seméfoles el asesino. Emergieron de la sombra Kerín, el gran patriarca de los dragones verdes y Dueros, señor de los dragones amarillos. Pero un nuevo coloso adalid del mal surgió de una terrorífica pesadilla y se unió a las huestes de Seméfoles: era Budgía, el Gran Rojo, líder de la estirpe de la sangre, el más grande de todos los dragones que jamás han pisado la tierra de Argos. Los dragones se enfrascaron en grandes guerras a lo largo y ancho de todo el continente, y el resplandor del fuego convirtió en día la noche, y en infierno el amanecer. Fueron días tenebrosos en el nuevo mundo, sin embargo en Alamba todo seguía siendo tranquilidad y sosiego, pues la guerra todavía no había llegado al este y los dragones, tanto sirvientes de la luz, como los vasallos de la noche, no osaban derramar su aliento sobre las altas copas de los árboles del gran bosque.

El sistrian, allá en Alamba, sentía el lejano resplandor de la guerra. Era un lánguido eco que llegaba del norte y el oeste, tan funesto y tenebroso que estremecía sus ramas y se adhería como escarcha a su rugosa corteza. El resto de los árboles también podían sentirlo, pero el sistrian era diferente y no solo sentía, sino que también padecía el tormento de la espera y el ahogado nudo de la desesperación. Sin embargo debía permanecer en silencio... siempre en silencio, lo cual provocaba que el dolor que le

afligía se volviera más agudo y desproporcionado. En más de una ocasión se había preguntado si no hubiese sido preferible poner fin a su agonía en las tórridas tierras de Morenea a tener que seguir padeciendo semejante calvario por más tiempo, pero las ansias de vivir y el deseo de percibir el mundo que lo rodeaba eran tan intensos, que una y otra vez acababa alzándose a la desesperación, y continuaba su eterna vigilia. Y así transcurría la vida para el sistrian: lenta y aburrida... demasiado aburrida; pero hubo un día en que todo cambió, y el continuo flujo de los acontecimientos deparó que el durmiente despertara de su obligado letargo y desatara toda su ira. Los engranajes para semejante hecho fueron acuciados por el propio Bushu, que a diferencia del propio sistrian, ya estaba harto de habitar aquel mundo. Doscientos años de exilio habían provocado que el demonio perdiera la cabeza, e instigado por la nostalgia al hogar y la aprehensión que le deparaban aquellos parajes luminosos y bellos, desató toda su ira contra los inocentes habitantes de Alamba.

La locura aconteció una mañana de invierno, poco después de la salida del sol, cuando las tinieblas todavía eran acuciantes. Bushu se incorporó sobresaltado y durante mucho tiempo paseó entre las raíces del sistrian como una fiera enjaulada, dando círculos y temblando por las ansias y la desesperación. Todo su cuerpo era presa de intensas convulsiones y su rostro, más espantoso de lo habitual, mostraba una gran impaciencia. Finalmente, cansado y sudoroso, con la cara retorcida y los ojos encendidos por la furia, el demonio se plantó ante el sistrian y comenzó a chillar como un animal cuando es llevado al matadero:

–¡Estoy harto! ¡Harto de ti y de la luz! Harto de ver el sol sobre mi cabeza y encontrar tan solo la paz en la noche. Estoy cansado de escuchar la alegría a mi alrededor y vigilar como un idiota a un ser estúpido incapaz de pronunciar una sola

palabra. El aire de este bosque quema mis pulmones, la brisa nocturna hace que mi piel arda. No lo soporto más, patética criatura... no lo soporto más. Quiero que aúlles y grites, que me hables con esa voz ronca que tienes, o que cuanto menos hagas algún gesto para que yo vea que existe vida bajo esa tosca corteza.

El sistrian observó en silencio al pequeño demonio, una diminuta figura que se alzaba entre sus gigantescas raíces. Tan insignificante parecía que un simple bufido hubiera bastado para derribarlo. Sin embargo el demonio seguía plantado ante él, desafiándolo con la mirada y señalándolo con sus garrudos dedos. El sistrian no pudo hacer otra cosa mas que callar. Después de doscientos años no iba a rendirse ante una simple pataleta de su verdugo. Así pues, al ver que el dormido seguía guardando silencio, el demonio perdió la poca paciencia que le quedaba, y rugiendo como un animal, se lanzó sobre la raíz más próxima del sistrian. El durmiente sintió como la bestia descargaba todo su peso sobre la cepa e hincaba sus uñas y dientes en la delicada corteza. De inmediato un agudo dolor recorrió todo su cuerpo, y su tallo estuvo a punto de estremecerse a causa de una gran convulsión. Pero el aullido que pugnó por brotar de su corazón, escondido en lo más profundo de su tronco, quedó acallado y el silencio continuó preponderando en los bosques de Alamba. El demonio, loco de furia, alzó la mirada hacia la copa del árbol, y sin soltar la raíz, rugió con todas sus fuerzas, retándole a que le dijera algo. Cuando obtuvo como respuesta el silencio, hundió más aun sus uñas en la raíz, y sus colmillos, duros como el acero, desgarraron la fina corteza, bañándose con la sangre de su presa. Pero el sistrian seguía en silencio, y a pesar de todo el dolor que sentía, ocultaba sus sentimientos al jorobado demonio.

–¿Por qué guardas silencio, estúpido ser? ¿Por qué a pesar del dolor te obstinas en seguir

callado? –bramó Bushu con la boca manchada de sangre y las garras todavía hundidas en la piel del sistrian—. ¡Sé que estás vivo! ¡Sé que estás vivo! ¡Habla! ¡Muévete! ¡Hazlo de una vez, patética criatura!

Pero el sistrian sentía tal apego a la vida, y las palabras de advertencia del caminante seguían tan vívidas en su memoria, que no hubo fuerza humana en la tierra que le hiciera abrir la boca. Ya podía el diablo descargar toda su furia sobre él, o causarle todo el daño del mundo, que su corazón seguiría cerrado y estancado. Pero la crueldad de Bushu no tenía límites, y enloquecida su mente, estaba dispuesto a no cesar en su empeño hasta que aquel estúpido árbol se rindiera. Ahoramas que nunca estaba seguro de que el durmiente estaba vivo, su amo tenía razón, una voz interior, un instinto primario e ineludible, así se lo decía, consumiendo su mente y desatando su impaciencia. De un brinco se apartó de su presa, y volvió a caminar en círculos alrededor del árbol. Sus manos se retorcían ansiosas a su espalda, y sus ojos, consumidos por la locura y el delirio, se desviaban una y otra vez hacia el árbol. Esta vez el joven sistrian sintió temor ante lo que pudiera estar planeando el demonio, pero a pesar de la angustia que sentía, una vez más guardó silencio y permaneció atento a las reacciones de su despiadado guardián.

De pronto Bushu se hartó de seguir caminando alrededor del árbol, y esgrimiendo una tétrica sonrisa que ensombrecía aun más su enloquecido rostro, se apartó del durmiente y dejó entrever en sus rasgos una maléfica expresión que atemorizó aun más al sistrian. Sin mostrar piedad o advertencia, el diablo se arrojó contra un pequeño olmo que crecía junto a las raíces del sistrian. Era un pequeño árbol que no tendría más de cincuenta años. El sistrian lo había visto nacer y crecer, sus ojos habían sido testigos de como el pequeño arbusto germinaba en las ricas

tierras de Alamba, y se desarrollaba a su lado, amparándole con su compañía y resguardándole de la soledad. La indignación hizo mella en el corazón del sistrian cuando las uñas del diablo se clavaron en la fina piel del olmo, y con un simple zarpazo, arrancó su corteza de cuajo, desgarrando un gran trozo del tronco y desfigurando su orgullosa silueta. Un temblor agitó la tierra, y durante breves segundos las raíces del gran árbol se removieron entre espasmos de dolor e indignación. Pero aquella rabieta tan solo duró unos segundos; un instante de conmoción que el diablo, imbuido por sus instintos lascivos y despiadados, ni tan siquiera llegó a captar. Bushu mutiló al olmo sin mostrar piedad, después ciego por la rabia y por la ira, se arrojó contra otro árbol, un viejo castaño, y volvió a atacar esgrimiendo sus puntiagudas garras.

El sistrian, horrorizado, vio como el diablo iniciaba una despiadada carnicería entre los viejos e inocentes árboles de Alamba. Los atacaba mostrando una gran crueldad: rasgaba con sus uñas las cortezas, se encaramaba a sus copas como un hurón montaraz y arrancaba sus miembros a zarpazos. Rasgaba las ramas más altas y deshojaba los hermosos y verdes crespones. Rompía a patadas las raíces, mordía los nervios cargados de savia vital, manando a sus pies auténticas riadas de sangre y dolor; doblaba los troncos más finos y tiraba con todas sus fuerzas de los ramales más bajos, partiéndolos de cuajo y abandonándolos en el suelo con total impunidad. La tierra se llenó de astillas y leñosas extremidades amputadas, las hojas desgarradas y arrugadas se acumularon en enormes piras funerarias, y las raíces desarraigadas surgieron de las entrañas de la tierra como enormes miembros que tan solo clamaban la piedad del tirano. Pero éste no se detenía, y conforme más torturaba a aquellos inocentes seres que nada habían hecho en su

contra, mayores eran las ansias asesinas que movían sus actos. El sistrian, conmocionado ante semejante villanía, sintió como el horror se apoderaba de todos sus instintos. Todos aquellos seres que hoy eran torturados y mutilados, habían sido compañeros en su vigilia. Los había visto crecer y desarrollarse, y había escuchado sus silenciosas voces a lo largo de años y años de perpetuo silencio. Hoy en cambio todo eran gritos y lamentos. Quizás el demonio no llegara a escucharlos, pero el sistrian podía oír perfectamente sus aullidos de dolor, provocando una gran conmoción en su corazón. Todo Alamba clamaba agonizante, pues por primera vez desde su nacimiento, el bosque era atacado y humillado por una criatura mortal.

Enardecido e iracundo, y dejando atrás un coro de lamentos desgarradores, Bushu se situó ante un pino y llevó sus garras hasta el tronco de la pequeña criatura. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, el demonio comenzó a empujar, tirando una y otra vez de la endeble figura. El sistrian escuchó el grito agudo y aterrorizado del pino, y una vez más su corteza tembló a causa de la ira. Pero el demonio mostró la misma piedad que había exhibido hasta entonces, y continuó empujando con todas sus fuerzas. De pronto el lánguido chillido del pino quedó desgarrado por un chasquido estremecedor... después la voz del joven árbol murió para siempre y un silencio ominoso y expectante se alzó en el ambiente. Pasados unos agónicos segundos, el tronco se partió en dos, despidiendo una nube de astillas y madera desgarrada, y el árbol se vino abajo con gran estruendo, golpeando la tierra y provocando que los cimientos de Alamba se estremecieran ante tan tremenda sacudida. Bushu saltó hacia atrás y contempló al árbol muerto con una sonrisa lasciva. Ahora todo el bosque guardaba luto, y el silencio era tenso y ominoso. Los árboles, horrorizados ante la muerte del indefenso pino, permanecían expectantes;

el terror irracional se acumulaba en todos rincones como espeso y denso vaho, y el ambiente, cargado de tensión, se llenó de una quietud inescrutable.

Bushu miró a un lado y a otro, expectante a todo cuanto le rodeaba o atento a lo que pudiera suceder. Todo permanecía en calma a su alrededor. De pronto un escalofrío recorrió su cuerpo y su piel, erizada y puntiaguda, comenzó a temblar presa de un intenso paroxismo. El bosque le tenía miedo, el bosque guardaba silencio a sus pies... él era el dueño de aquel abominable lugar. Todo cuanto lo rodeaba, por muy mágico o ancestral que pudiera parecer, languidecía indefenso a su merced. Una carcajada histérica brotó de lo más profundo de su garganta y estalló en el bosque, rasgando la quietud. Durante un buen rato el diablo rió a mandíbula batiente, burlándose de todos los habitantes de Alamba y alimentándose con el dolor y la indignación, que como una brisa gélida, emanaba de todos aquellos borregos indefensos. Su escarnio perduró durante muchos minutos e hirió profundamente a los árboles y a las plantas, pero conforme la burla iba en aumento y la desesperación de los indefensos arbustos crecía y crecía, una nueva sensación se alzó en la quietud del claro y atenazó a todos sus habitantes. Todo comenzó como una leve neblina, pero pronto se extendió en el valle como un denso manto de bruma turgente e imparable. El diablo dejó de reír y sus ojos se convirtieron en meras rendijas. De pronto captaba algo, un destello inaccesible, una sensación que no sabía muy bien como definir; se asemejaba a una espeluznante vibración, cargada de electricidad, que provenía de su espalda y erizaba el vello de su nuca. Un funesto presentimiento se hizo paso en su subconsciente y de inmediato la burla y el escarnio quedaron acallados por una intensa sensación de horror. Un miedo irracional se apoderó de todo su ser, pues comprendió que

el ser que expelía semejante conmoción, era tan poderoso que podría acallar el rugido del dragón más fornido de Argos.

Conforme fue girando sobre sí mismo, encarando a su inminente e ineludible destino, el demonio comprendió a lo que se enfrentaba. Por fin había logrado alcanzar su objetivo. La espera concluía y el destierro llegaba a su fin. El sistrian había despertado. El suelo tembló, y las gigantescas raíces comenzaron a agitarse alrededor de la pequeña criatura como enormes tentáculos dotados de vida. Los cimientos del bosque rugieron como insaciables pozos de lava incandescente, y profundas grietas rompieron con virulencia el accidentado terreno. Bushu sintió como los árboles comenzaban a ulular y a gemir. Sus ramas, enardecidas por el repentino destello de vida que había surgido del durmiente, se agitaban arriba y abajo, creando una gélida brisa que caló en los huesos del despiadado demonio. De pronto todo el bosque parecía haber cobrado vida a su alrededor y un murmullo aterrador, formado por miles y miles de voces susurrantes, ahogó el negro corazón del tirano. Todos clamaban contra él... todos clamaban contra sus crímenes, y al frente de todas aquellas voces, al frente de aquel horror sin igual, se alzaba lleno de vida el colosal sistrian.

Bushu trató de escapar de aquel infierno, pero a sus espaldas se alzaron enormes raíces que se convirtieron en una barrera infranqueable. El demonio calló de rodillas, y perdiendo la razón a causa del terror que embargaba todo su ser, se arrojó a los pies del árbol y gimió como un animal asustado. Pero el sistrian estaba loco de furia, y después de dos siglos de silencio y esclavitud, no iba a mostrar piedad alguna ante aquella miserable bestia. Su voz, un trueno desgarrador que se escuchó en todos los rincones de Alamba, emanó del corazón del árbol y rompió los llantos de la patética criatura.

–Durante doscientos años he soportado tu

tu asedio. Durante doscientos años he guardado silencio, y los únicos compañeros que han acompañado mi soledad han sido todos estos árboles... –La voz ronca del sistrian se vio coreada por el susurro ululante de los árboles. Juntos crearon un coro fantasmagórico que enloqueció aun más al sirviente de Yeresath–. Soportaré todas las heridas y las injurias que quieras levantar en mi contra, pero jamás... ¿Me oyes, bien, patética criatura?... ¡Jamás!... permitiré que alces una sola mano en contra de mis inocentes amigos. Ahora paga por tus crímenes y acepta tu castigo.

Bushu rompió a gritar desesperado, pero antes de que pudiera hacer algún movimiento, las enormes raíces del sistrian cayeron sobre él, y devoraron su cuerpo como una enorme ola que viaja perdida en mitad de un huracán, cerrándose en un prieto puño. Un crujido de huesos rotos y carne desgarrada se escuchó en todo el valle, después los enormes tentáculos del sistrian volvieron a sumergirse bajo tierra y desaparecieron en las entrañas de Alamba, llevándose consigo al desmembrado demonio. Lentamente el ulular de los árboles fue decreciendo y el silencio volvió a predominar en la zona. El sistrian, satisfecho, respiró hondo y su aliento llenó de tranquilidad a Alamba. El bosque había obtenido su venganza y la paz volvía a reinar entre sus fronteras.

Durante mucho tiempo el sistrian lloró desconsolado. Era consciente de que había roto su promesa con el caminante. Había violado su vigilia para responder a la mísera reacción del verdugo, aquello sin duda le acarrearía problemas, pero su bondad y su benevolencia eran tan grandes que no permitiría que ninguno de aquellos seres pacíficos sufriera mal alguno ante sus ojos. Los árboles habían sido sus únicos compañeros durante doscientos años. Conocía sus nombres y sus vidas, y en muchos de los casos, había sido testigo de su nacimiento y su posterior

desarrollo. La caída del pequeño pino, la muerte prematura de aquella criatura, había desatado toda la rebeldía acumulada en las entrañas del sistrian, lo cual le había llevado a sublevarse contra su destino y poner fin a las villanías del demonio. Ahora, retornada la calma, el sistrian era consciente de que había actuado en contra de sus propios intereses y que la muerte acechaba muy cerca. Durante horas inacabables lloró y lloró desconsoladamente, pues no deseaba encontrarse una vez más con el negro rostro de la parca. Todavía guardaba en la memoria, en lo más profundo de su cabeza, el agónico final que años atrás aguardara a su anterior reencarnación, también recordaba la milagrosa intervención del caminante cuando su suplicio era más desesperado. Sus enormes raíces se estremecieron bajo tierra y de las grietas de su tronco manó savia entremezclada con lágrimas. El tormento se volvió agónico y las horas se convirtieron en una tensa espera, como la del reo que espera la muerte en el calabozo. Por fin, al anochecer, y cuando la desesperación del sistrian era más acuciante, el cielo se llenó de nubes negras y una voz cruel surgió de las tinieblas.

–Existe vida en lo más profundo de ese duro y romo cascarón –la voz ostentosa y rugiente de Yeresath rompió la noche y se desató por todos los rincones de Alamba. El sistrian, incapaz de ocultar su miedo, retorció todo su cuerpo, y sus altas ramas se postraron en una mueca desesperada, como si quisiera resguardarse de aquella voz maligna que llegaba desde el infierno y a la vez suplicar angustiado por su vida–. El caminante mintió en su día, y no solo eso, sino también desafió a las leyes elementales del Universo. No existe bien sin mal, y mal sin bien. Estoy en mi derecho a reclamar derecho de ofrenda por el agravio cometido por Miles Der Vand. Podría crear una nueva estirpe que caminara sobre Argos y al igual que mis vasallos

oscuros, ostentaran la marca del caos y las tinieblas, pero no es ese mi deseo. Mi interés es el de acabar con la vida del pequeño usurpador. Es mi deseo dar muerte a tu patética creación, Miles Der Vand. Acabar con él ante tus patéticos ojos y observar desde mi trono en el Abismo como lloras impotente su muerte.

Yeresath guardó silencio y durante unos instantes todos en Alamba esperaron la respuesta del gran dios de la creación y la benevolencia. El sistrian, horrorizado, rezó porque la voz del caminante acudiera una vez más en su auxilio, y a su oración se sumó el susurro de todas las plantas y los árboles que crecían en el bosque. Pero esta vez el silencio fue la única respuesta a la amenaza de Yeresath y el sistrian comprendió que estaba solo ante el inquisidor.

–Así sea pues –respondió la voz de Yeresath–. No puedo retornar a Argos en mi forma mortal pues el pacto de no intervención así me lo impide. Pero el agravio cometido contra las leyes elementales de la creación me otorgan la potestad de obrar en consecuencia. De esta manera, yo Yeresath, señor del Abismo, condeno al sistrian a una muerte inmediata y al olvido eterno de su estirpe.

Un grito horrorizado surgió del corazón del condenado, y como un eco incontenible descendió por su tronco y se expandió por las entrañas del bosque, conmocionando y desatando el horror entre todos los habitantes de Alamba. Pero ninguno de los allí presente podía hacer nada por salvaguardar la vida del gran pastor, y antes de que su grito se extinguiera, las nubes retumbaron en el cielo y un enorme rayo descendió desde la bóveda celeste, partiendo en dos la noche y llenando de reflejos eléctricos y cegadores las negras nubes que cubrían todo Alamba. El sistrian se estremeció por última vez, y antes de que pudiera resguardarse, la lengua del rallo pulverizó su mullido crespón de hojas, y como una espada turgente partió el enorme

y colosal tronco en dos, desgarrando la corteza, quemando las temblorosas ramas y dividiendo el enorme corazón. Las raíces emergieron del suelo y se estiraron en un último y desesperado estertor, la voz del sistrian se extinguió y un crujido desgarrador retumbó en todo el valle y se extendió por el bosque, afligiendo los corazones de todos aquellos que pudieron escucharlo. Se alzó una blanca polvareda en los alrededores, y cuando ésta se disipó, quedaron al descubierto los restos del sistrian. El gran árbol todavía permanecía en pie, pero su tronco se abría en dos, como una enorme uve deformada y marchita. Sus ramas caían mortecinas y sus raíces, perdido el último suspiro de vida, se desplomaban en el suelo desgarradas y baldías.

Un enorme torrente de sangre manaba de las entrañas desgarradas del sistrian, manando de su corazón partido y sembrando el suelo de enormes afluentes de líquido dorado y cárdeno. El sistrian había dejado de sufrir y su silencio, antaño forzoso, hoy se convertía en una mortaja que desgarró dolorosamente a todos los habitantes de Alamba. El bosque, ensombrecido por la oscuridad desatada por Yeresath, lloró enlutado la muerte del joven sistrian. Mientras tanto, el regocijo del dios de la oscuridad ensombreció aun más el ánimo de los árboles y las plantas de la región. Todo había acabado demasiado rápido y de forma trágica, y la imagen del sistrian sería recordada durante mucho tiempo en Alamba.

Eufórico, Yeresath retrocedió en la noche, y las negras nubes se disiparon lentamente. La presencia del oscuro se volvió menos ominosa, y finalmente, tan de repente como había irrumpido, desapareció sin dejar el menor rastro, provocando que todos los seres vivos, ya fueran árboles o animales, respiraran aliviados. La luna volvió a brillar en el cielo, y un haz argento recayó sobre el cuerpo mutilado del sistrian. La sangre del caído se volvió plata y el tronco oscuro

se tornó tan pálido que pareció haber perdido de repente todo el color que una vez bañó su semblante. El silencioso ulular de los árboles volvió a desatarse por todo el bosque y Alamba se convirtió en un coro de lamentos que cantaban la muerte del joven sistrian...

Miles Der Vand, abatido sobre su trono del Palacio Dorado de Casalthûrr, en los Jardines de Grandia, lloró amargamente la muerte del pequeño sistrian. Había tenido que asistir impotente a su extinción. Nada había podido hacer por salvarlo, pues como ya había dicho en su día, quizás si fuese responsable de su nacimiento, pero no de su posterior desarrollo. Ya había roto una vez el precario equilibrio del Universo, así que no podía desafiar de nuevo las leyes elementales que regían la vida y la muerte. Incluso él tenía responsabilidades que cumplir y normas a las que atenerse. Tampoco podía permitir que el Caos Absoluto cayera en el mundo de los mortales a causa de sus caprichos; era Dios Supremo y su cargo le impedía actuar al libre albedrío. Sin embargo la ternura que el pequeño sistrian había despertado en su corazón era tan grande, que lloró durante mucho tiempo su muerte y su recuerdo le llenó de un vacío demasiado doloroso. Fue entonces cuando una voz firme interrumpió su desvelo.

—Al final tus caprichos han deparado la tragedia.

Miles Der Vand, furioso ante tan atrevida interrupción, se volvió bruscamente y se encontró cara a cara con Arankadas. El primer sentimiento que cruzó por la mente del Dios Supremo fue un rencor desgarrador ante aquella criatura que había permitido la irrupción del mal en el seno de su creación. Sus palabras influenciadas por el dolor y el odio fueron en ese sentido.

—¡Cómo osas hablarme así, precisamente tú que has permitido la llegada del mal y la oscuridad a los Bosques de Alamba y de Kathur! ¡Cómo

osas hablar con tanta ligereza! Guárdate tu lengua impía, y no me perturbes con ella.

Pero Arankadas, lejos de dejarse amedrentar por el señor de los dioses, continuó hablando con la misma rigidez.

–Yo cometí un pecado en su día y hoy también pago las consecuencias –de pronto el melodioso susurro de Arankadas se vio teñido de un tinte melancólico y triste–. Al principio, cuando plantaste la simiente del sistrian en mis bosques, me sentí tan agraviada que inevitablemente me dejé llevar por el orgullo. No podía permitir que alguien ajeno a mí pudiera mancillar la obra que tanto esfuerzo me había costado crear. Con tan ladino pensamiento, actué de forma brusca e impropia de una madre que ama a sus hijos, y rompí el sello que protegía a mis bosques, permitiendo la entrada de la oscuridad en su seno. Sin embargo, cuando el sistrian comenzó a crecer y se convirtió en el corazón de Alamba, comprendí que su presencia no era inocua, y que en cambio si que engalanaba, aun más, la belleza de mi propia creación. El sistrian ha muerto por proteger a mis hijos: los árboles. Rompió su silencio y faltó a su palabra no por orgullo ni rencor, sino por piedad. El sistrian era conocido entre los árboles como el Pastor de Alamba, y su recuerdo será eternamente perpetrado entre los de su especie.

–Todas estas palabras no te salvan de haber sido la causa de la muerte del sistrian –replicó Miles Der Vand furioso–. Si no hubieras roto el sello de protección que ahuyentaba a la oscuridad de Alamba, Yeresath jamás hubiera sabido de la existencia del sistrian.

Arankadas afirmó con un cabeceo, pero su rostro continuó mostrando rigidez y hermetismo.

–Quizás yo sea responsable de eso, pero no me hagas culpable de tus actos banales y extravagantes. Yo no he desafiado a las leyes elementales por un simple capricho o por pura altanería. Tú en cambio sí lo hiciste. Creaste al

sistrian sabiendo a lo que te exponías. Le infundiste vida sabiendo que desafiabas a una ley ancestral que debe de regir en la tierra. Quizás lo salvaras de una muerte prematura, pero por un simple capricho, lo condenaste a una vida de austeridad y de silencio. El sistrian nunca fue libre, pues tú mismo le ajustaste una mordaza alrededor de su cuello. Ningún ser vivo puede ser feliz privado de libertad... privado de exponer sus sentimientos en público y obligado a permanecer en un silencio imperecedero y fortuito. El sistrian fue infeliz en vida, y tú, omnisciente señor, fuiste causante de ello. Así pues, no me hagas responsable de su desdicha ni de su muerte, pues tú, y únicamente tú, eres el causante de ello.

Miles Der Vand, sombrío ante las palabras de la diosa, buscó algún argumento que esgrimir en su defensa, pero se quedó sin palabras al comprender que ella tenía razón. De pronto toda la rabia que sentía hacia Arankadas y el odio que habitaba en su corazón hacia el pérfido Yeresath, se convirtieron en un dolor inconmensurable que le afligió el corazón de tal manera, que sus ojos estallaron en un torrente de lágrimas que cayeron sobre la enorme Pila Sagrada. El agua bendita en ese momento reflejaba los despojos en que se había convertido el sistrian y las lágrimas del dios cruzaron irremediablemente el nexo que unía el mundo de los infinitos con el de los mortales, convirtiéndose en una espesa llovizna que se derramó por toda Alamba.

Arankadas contempló en silencio el dolor de su señor, y conmovida, observó la imagen desoladora que reflejaba la Pila. El sistrian yacía abandonado y muerto, convertido en un despojo humeante que ahora era bañado por la lluvia en mitad de la noche. Sintió demasiada angustia al recordarlo majestuosamente bello; luciendo su augusta corona de ramas y hojas por encima de las copas de los árboles, y alumbrando con su

cálida presencia todo el bosque de Alamba. Percibió como una oleada de piedad acongojaba su maltrecho corazón al recordar la manera en que, actuando por salvaguardar la vida de los árboles –sus propios hijos– el sistrian había sacrificado su vida. De pronto se reveló ante aquella situación, y comprendiendo que aunque no ostentaba el cargo de dios supremo, estaba en sus manos el don de conceder nueva vida, acarició con las yemas de sus dedos las mejillas del caminante y dejó que un soplo de poder se entremezclara con las lágrimas que manaban de los ojos de Miles Der Vand. Aquel hálito mágico de la dama Arankadas estaba impregnado con la misma gracia que había infundido vida a los animales y a las plantas, que unido a las lágrimas de dolor que derramaba el caminante, se convirtieron en un nuevo flujo portador de savia y magia ancestral que cayó en forma de lluvia sobre la tierra de Argos, recalando en los despojos del sistrian.

La sangre del sistrian se entremezcló con aquella lluvia dorada y humedeció las raíces del caído, filtrándose en su gruesa corteza. De pronto todo el sentimiento y la pena que habían muerto junto al sistrian, se convirtieron en un turgente torrente de savia que volvió a latir por las venas moribundas del árbol, trayendo nueva vida, y provocando que los recuerdos del ser extinto resurgieran con más fuerza que nunca. Miles de corazones, impregnados con la benevolencia que ostentara en el pasado el piadoso corazón del sistrian, comenzaron a latir al unísono en la oscuridad del viejo tronco.

En los Jardines de Grandia los dioses quedaron maravillados ante aquel inesperado milagro, y Arankadas, sonriente, comprendió que una vez más había sido madre de una nueva estirpe que poco a poco despertaba en las entrañas del sistrian. Miles Der Vand, extasiado, se apoyó contra la pila y clavó sus ojos en el tronco de su vástago, que de repente había comenzado a latir

espasmódicamente, como si una criatura nueva y primigenia pugnara por abandonar su encierro de aquel útero sin vida. Pero no era una, sino miles, las criaturas que anhelaban encontrar la libertad y emerger al nuevo mundo. De pronto la raíz más ancha del sistrian se desgarró con un sonido de madera resquebrajada y de ella brotó un ser cuyo aspecto era semejante al de los propios dioses o a la forma humanoide que los grandes dragones podían adoptar a voluntad. Estaba desnudo, y la sabia del sistrian todavía chorreaba por toda su piel. Pero aquel ser era mucho más hermoso que cualquier criatura que pisara entonces la Tierra de Argos, pues la bendición de Arankadas latía en lo más profundo de su pecho. La mente del recién nacido estaba encadenada a los dones de la bondad y la honestidad, pues era heredero de la gracia con que Miles Der Vand había bendecido al sistrian, pero a su vez toda la magia ancestral y la belleza de la que hacía gala La Dama Blanca, inundaban su joven espíritu. El *ívoles*, o el primero, contempló la luz del día, y el primer rayo de sol de la mañana, dorado y templado, caldeó su piel desnuda y temblorosa. En el acto toda la sabiduría acaparada por el sistrian a lo largo de años y años de existencia, se almacenó en su memoria, y el primer *zeth* de aquella nueva raza fue el más sabio y poderoso. Mientras el recién nacido contemplaba Alamba, el bosque que sería su hogar a lo largo de eras y eras de existencia, a sus espaldas, la corteza del árbol fue rasgándose, como una placenta lista para ser abandonada, y otros muchos seres semejantes al *ívoles* surgieron de las entrañas del árbol y vieron la luz del sol. Era un nuevo pueblo: la raza de los sistrianos; herederos de la Sangre de Sistrian y portadores de la llama de Alamba. En el futuro serían llamados elfos por la lengua de los humanos, pero hoy, en su génesis remota y ancestral, eran simplemente los sistrianos, hijos de la pequeña semilla rescatada de los llanos de

Morenea, y engendrados por la magia de la dama Arankadas y el amor incondicional del Dios Supremo de la Bondad.

En su oscuro cubil, Yeresath se revolvió furioso y asqueado ante aquella nueva afrenta contra su voluntad. Pero aquellos nuevos seres estaban fuera de su alcance, pues su vida no había nacido de la gracia de su opuesto, sino de la mano de dos dioses, y en cierto modo aquello los salvaba de las reglas que regían la balanza entre las diferentes dotes del Universo. Sin embargo mil maldiciones surgieron de sus negros labios. El demonio habló de orgullo, el mismo orgullo que La Dama Blanca, madre de los sistrianos, había mostrado al romper el sello mágico que protegía a los bosques del asedio de la oscuridad; habló de disgregación y ruptura; habló de tragedias y penas que tendrían que soportar aquellos hijos de la luz y la naturaleza... pero sus palabras no eran más que presagios que inevitablemente se perdieron en el devenir del tiempo y en el ocaso de la vida. Hoy la siniestra garra de Yeresath se hallaba muy lejos de aquel pueblo recién nacido y nada podría hacer en su contra... al menos él directamente. Recapacitando en su trono del Abismo, el demonio guardó silencio y comenzó a perpetrar nuevos planes en contra de aquellos que osaban desafiar su mandato y su indiscutible deseo de oscuridad perpetua sobre la Tierra de Argos. Yeresath guardó silencio y su pensamiento se diluyó en los funestos paisajes del negro Abismo en el que se hallaba encerrado.

En la tierra de los mortales, mientras los grandes dragones combatían en los cielos, y los caprichosos dioses desviaban su atención hacia otros menesteres más placenteros, el pueblo de los elfos comenzó a caminar por Alamba, dejando atrás al padre caído y siguiendo los pasos del *ívoles*, que inevitablemente los arrastraba hacia un glorioso futuro que el pequeño, y hoy fenecido sistrian, tan sólo había llegado a imaginar en sus

sus sueños más profundos y placenteros.

© 2004, David Mateo.

Sobre el autor: David Mateo Escudero nació en 1976 en la ciudad de Valencia, España. Actualmente cursa estudios empresariales Y ha escrito cuatro libros, entre los que cabe destacar *Nicho de Reyes*, que actualmente se está publicando en comicvia.net, aurorabitzine.com y en el fanzine castellonés *La Filoxera*. David, además, ha escrito gran cantidad de relatos (terror, fantasía, ciencia ficción...), la mayoría de ellos encuadrados en el mundo de Argos (lugar donde se desarrolla *Cubil abyecto*). David actualmente está a la espera de la posible publicación de *Nicho de Reyes* mientras compagina la redacción de relatos con su nuevo libro infantil *Las aventuras de Tobías Grumm y el zorro Sid* y la segunda parte de *Nicho de Reyes* titulada *El último dragón*. A la hora de señalar algún autor que le haya sido de influencia David nos proporciona los nombres de George R.R. Martin y Andrezej Sapkowski.

LICANTROPÍA CONTEMPORÁNEA

por Sergio Alejandro Amira

Érase una vez un hombre extremadamente profesional y perfeccionista llamado Cristóbal Landsburg quien era el Cirujano Plástico y Reconstructivo más prestigioso de un largo y angosto país llamado Chile.

El Dr. Landsburg se especializó en Cirugía General y en Cirugía Plástica y Reconstructiva en Inglaterra, donde se graduó con honores y donde se desempeñaría durante tres años. A su regreso a Chile fue médico colaborador de la Clínica Alemana de Santiago y Médico Interconsultor de la Clínica Las Condes, se convirtió en Miembro Titular de la Sociedad Chilena de Cirugía Plástica, Reconstructiva y Estética; de la Sociedad de Cirujanos de Chile y por supuesto; del Colegio Médico de Chile.

Landsburg era, además, el único chileno Fellow del Royal College of Surgeons of England y se definía a sí mismo como un "hombre de mundo", practicaba el tenis y el golf, era socio del Hogar de Cristo, amaba las Bellas Artes y a las mujeres hermosas, le agradaba tanto la música clásica como el pop sofisticado y era, además, un hombre lobo. Sí, uno de esos sujetos que en las noches de luna llena tienen por costumbre mutar en feroces bestias antropófagas de mal carácter y peor aliento.

El primer viaje de placer del Dr. había sido al paradisíaco Hawai, locación de su serie favorita de los 1980's: *Magnum P.I.* Landsburg se bañó en las tibias aguas de la costa norte de Oahu junto a la mansión de Robin Masters, dio un paseo en un helicóptero pintado con los mismos colores que el de T.C. y se defraudó mucho al no encontrar ningún nighclub en Honolulu con el nombre de "King Kamehameha Beach Club".

Cuatro años después del debut de *Magnum*, apareció en las pantallas chilenas la sofisticada

serie *Miami Vice*. Pese a que el Dr. no se perdía un solo capítulo y que adoptó el look de Don Johnson durante un tiempo, *Magnum* seguía siendo su serie de televisión favorita. Por alguna razón se identificaba más con el personaje de Tom Selleck que con el de Sonny Crockett o Ricardo Tubbs (el teniente Castillo en su opinión era un verdadero hijo de puta y consideraba que Sandra Santiago no estaba nada de mal). *Magnum* era un tipo independiente, a diferencia de los policías de Miami. No tenía mayores responsabilidades y hacía lo que se le venía en gana, una manera de enfrentar la vida que ya deseaba poseer Landsburg que cómo hemos ya dicho era un sujeto perfeccionista, algo que quedó demostrado en el test de rorschach al que se había sometido antes de iniciar su psicoterapia.

Con el transcurrir de los años la elección del sitio donde vacacionar se tornó en extremo complicada para el Dr., mientras se especializaba en Inglaterra había visitado gran parte de Europa y tras su regreso a Chile; los principales balnearios y enclaves turísticos internacionales, incluyendo Miami, por supuesto. Existía sin embargo un lugar que anhelaba conocer al que todavía no viajaba, un lugar que evocaba en él primigenios terrores infantiles: Transilvania. El Dr. buscó por Internet la página de una empresa turística que ofreciera recorridos guiados por aquel lugar hasta que dio con una que ofrecía un tour completísimo, "de manera que nadie le cuente historias y mentiras del famoso conde Vlad Drácula." El Dr. Landsburg de inmediato llamó a la agencia con sede en Boston y contrató el servicio.

El tour comprendía un recorrido completo por Rumania; un paseo por las ruinas de la corte de Drácula y sus tesoros expuestos en Bucarest; un almuerzo en la casa donde Vlad Tepes pasó

LANDSBURG

© Sergio Alejandro Amira



su infancia; una visita al castillo Bran, ubicado en el sendero que conduce a la verdadera fortaleza del conde; pases gratis para observar un juicio de brujas simulado; una cena en el restaurante Golden Krone y finalmente una invitación a un baile de máscaras, con cena incluida, en el propio castillo Drácula.

En esa época el Dr. Landsburg estaba más habituado a Río de Janeiro, Cancún o la misma Hawai, por lo que las ciudades de Europa Oriental le parecieron algo monótonas y lóbregas. Bucarest, a pesar de todo, le pareció más soportable que Praga o Budapest.

Cierta noche, durante su estadía en Bucarest, el Dr. Landsburg decidió abandonar su alojamiento para embriagarse de aquella sensación de lo romántico y oculto que tanto anhelaba encontrar. En un principio caminó por la calle Victoria, la espaciosa avenida principal, para luego abandonarla y vagar por las antiguas callejuelas, de casas pequeñas incrustadas en la mampostería de muelles y puentes. No le tomó mucho tiempo percatarse que estaba totalmente perdido. Luego de vagar bajo los escasos faroles que pestañeaban tímidamente en la oscura y húmeda penumbra, el Dr. Landsburg se encontró en las cercanías de un lugar reconocible, la antigua iglesia Domnita Baleasa en la Plaza mayor frente al Palacio de Justicia. El Dr. divisó una silueta que le pareció era una persona y se dirigió hacia ella con la esperanza de obtener alguna información sobre cómo volver a su hotel.

El encuentro de aquella noche arruinó el resto de las vacaciones del Dr. Landsburg. La silueta que parecía humana resultó ser la de un animal que intempestivamente le mordió la pierna derecha para luego desaparecer. Era peludo y gruñía como un perro, pero no era un perro como pudo percatarse a su regreso a Chile.

2

La primera metamorfosis encontró al Dr. en

medio de un desfile de modas a beneficio de la Corporación del Trasplante, organizado por la Cámara Chilena de Alta Costura en el exclusivo centro de eventos CasaPiedra, ubicada en Avda. Monseñor Escrivá de Balaguer 5600, Vitacura (una reunión familiar de 10 personas o un evento comercial de 2.200 personas. Desde lo más convencional y tradicional hasta lo más original y diferente. Cualquier encuentro que tenga en mente, en CasaPiedra siempre resultará un éxito).

–¿Qué te ocurre? –preguntó a Landsburg su atractiva acompañante al notar como este se retorció y sudaba de manera muy poco decorosa.

–No me siento muy bien –dijo el Dr.–, me duele mucho el estómago. Voy al baño y vuelvo.

–Ya, pero no te demores –replicó María Gracia Larraín, 28 años, kinesióloga de profesión, signo zodiacal Virgo y caballo de fuego en el horóscopo chino.

Landsburg se puso de pie y se alejó de la pasarela por la cual desfilaban los maniqués vivientes. Una última mirada a las esbeltas muchachas provocó en él una copiosa salivación y no de lascivia sino de hambre. Las modelos se le antojaron como trozos de carne que avanzaban colgados de una correa transportadora, ¡y eso pese a que él era vegetariano!

Cada paso que daba era un suplicio, el Dr. levantó la mirada hacia el cielo y vio que la Luna estaba llena. La visión del rechoncho disco plateado capturó su vista y por unos segundos creyó fusionarse en aquella superficie lechosa. Un intenso dolor en su bajo vientre lo retrotrajo a la realidad.

“María Gracia no me va a perdonar el haberla dejado plantada”, pensó Landsburg y se dirigió hacia su vehículo con la intención de marcharse a su casa, pero al llegar a los estacionamientos los espasmos fueron tan fuertes que cayó al suelo. Era como si tuviera algo dentro que le desgarraba los órganos, como si en su interior

hubiese una cosa que intentaba salir, algo con garras y colmillos al más puro estilo de *Alien: El Octavo Pasajero*. "Alguna porquería me cayó mal, seguramente uno de esos canapés del cocktail", reflexionó el Dr. mientras yacía unos segundos sobre el frío pavimento. Una vez que el dolor disminuyó lo suficiente como para permitirle ponerse de pie, Landsburg abordó su Ferrari 308 GTS color rojo (el mismo modelo que conducía Tom Selleck en *Magnum*) y se alejó de aquel sitio. El Dr. coleccionaba Ferraris y el 308 había sido su primera y más querida "pieza", poseía también un Daytona Spyder negro (mejor conocido como 365GTB/4 por los especialistas) y un Testarossa blanco, el primer Ferrari construido especialmente para el mercado norteamericano (cabe agregar que estos fueron los automóviles que utilizó Sonny Crockett en *Miami Vice*).

Por alguna razón inexplicable Landsburg no condujo hacia su casa sino que se vio impelido a alejarse cada vez más de la ciudad. Los dolores hacían que se doblara sobre el volante y varias veces hizo sonar la bocina involuntariamente. Comenzó a sentir calor, un calor tan intenso que sudaba como si hubiesen 45 grados a la sombra. El Dr. Landsburg ya no resistió más, estacionó el Ferrari a un lado de la carretera y corrió hacia los arbustos mientras se despojaba del traje Armani (de líneas depuradas y ausencia de detalles llamativos) cuyo roce le quemaba la piel. Completamente desnudo cayó de rodillas en medio de un claro. Sintió los rayos lunares sobre su espalda y cada uno de sus cabellos se erizaron, su pene se erectó violentamente, sus brazos se alzaron y se tensaron, sus piernas se expandieron, su piel se cubrió de un oscuro y denso pelaje, su rostro se alargó y de su boca brotaron agudos colmillos. Landsburg sentía como atravesaban su cuerpo fuerzas caóticas y primigenias, clavó sus garras en la tierra húmeda y profirió un intenso rugido. La temporada de caza había sido

inaugurada.

Las primeras luces de la mañana encontraron al Dr. Landsburg abrazado a los restos carcomidos de una vaca. Landsburg se alejó del animal muerto y se sumergió en una acequia para limpiar la sangre que le cubría de pies a cabeza. El Dr. no se duchaba con agua caliente por lo que el agua helada no le incomodó en lo más mínimo. Luego de esto se sentó sobre la hierba intentando entender cómo era que estaba tomándoselo todo con tanta calma. "Debo estar en shock", pensó. "Sí, eso es, estoy en shock. Aquel animal que me mordió era un hombre lobo, yo soy ahora un hombre lobo..."

El Dr. recogió su carísima ropa, abordó su Ferrari, puso en marcha el motor y encendió la radio. El nuevo single del último álbum de Madonna, *Frozen*, resonó por los parlantes. A Landsburg le agradó lo que escuchaba y tomó nota mental de adquirir el disco compacto, apretó el acelerador y se marchó a su casa.

3

Landsburg sabía que lo suyo no era un desorden licantrópico, estado mental en el que el sujeto cree ser una bestia que suele ser la más peligrosa de su región (el lobo y el oso en Europa y el noreste de Asia, la hiena o leopardo en África, y el tigre en la India, China y Japón). A él le constaba que su transformación era real pese a que los exámenes médicos a los cuales se había sometido no arrojaron ningún resultado anómalo. De cualquier forma debería tomar medidas especiales para que nadie descubriera su secreto. El Dr. no estaba casado y vivía solo junto a sus dos empleadas domésticas; Doña Julia, que lo había cuidado desde niño y a la que él había contratado luego de la muerte de los Landsburg progenitores; y la Consuelo, que estaba para desempeñar las labores que Doña Julia ya no estaba en condiciones de llevar a cabo. Consuelo llevaba dos años trabajando para

Landsburg y era peruana, de una localidad ubicada al norte de Lima llamada Chimbote. Debido a su mala situación, Consuelo (madre soltera a la edad de 15 años) tuvo que dejar a su hija de 6 años al cuidado de sus abuelos y emigrar a Chile. Pese a que la idea de una mocosa pululando por la casa no le complacía en extremo, Doña Julia convenció al Dr. de traer a la hija de Consuelo, Marleni, a vivir con ellos.

Completaba el staff de Landsburg el jardinero Felipe Vargas (que venía día por medio) y "Jaimito", quien una vez a la semana se encargaba del aseo general de la casa (lo que le tomaba cerca de 12 horas) con una prolijidad tal que sus servicios eran requeridos en varios hogares del barrio alto. El Dr. tenía también dos Rottweilers a quienes había bautizado Apolo y Zeus como los dobermans de Higgins en *Magnum*. Los canes se mostraban un tanto hostiles ahora que su amo era un hombre lobo, pero no quería deshacerse de ellos aún.

"Bastará con asegurarme que no haya nadie en la casa las noches de luna llena", meditó Landsburg y así lo hizo para su próxima transformación.

Estaba completamente solo en su enorme casa repleta de obras de artes y altar del buen gusto. Se encerró en la habitación de los trastos (que había ordenado limpiar a Jaimito) con un costillar de buey y deslizó la llave debajo de la gruesa e inexpugnable puerta sobre un papel para así poder recuperarla.

El Dr. emergió al día siguiente de aquel cuarto con heridas en los brazos y piernas producto de sus propios mordiscos, las paredes de la habitación mostraban hendiduras de garras por todos lados y el picaporte de la puerta había sido arrancado y probablemente se lo había comido. Nunca había experimentado un suplicio de tal magnitud, un anhelo de libertad tan agobiante. De la misma manera que el circunspecto Higgins no podía restringir las libertades que se otorgaba

Thomas Magnum, él no podía encerrar al lobo.

Landsburg tomó una ducha y mientras pensaba la explicación que la daría a su servidumbre por los destrozos (que atribuiría a los canes y que proporcionaría, además, la excusa perfecta para deshacerse de ellos) observó como sus lesiones y magulladuras desaparecían. "Ahora soy prácticamente inmortal", reflexionó el Dr.

4

Como es de suponerse, Landsburg no se atrevió a confesar su licantropía con nadie y mucho menos buscar asistencia médica. ¡Él, un hombre de ciencia afectado por una maldición que desafiaba toda lógica! En un esfuerzo por comprender el mal que le aquejaba, recopiló toda la información posible sobre hombres lobos que pudo hallar, enterándose que este ser no era una invención del Hollywood de los años cincuenta sino algo tan antiguo como la humanidad misma. Fe de esto la proporcionaban la multitud de nombres con el que se había conocido al hombre lobo a través de la historia. Los romanos le llamaron versipellis o gerulfus, garwali los normandos, werewolf los anglosajones, wáhr-wólfe los alemanes, Loupgarou los franceses, waerulf los daneses, warulf los suecos, vircolac los eslavos, procolici los rumanos, la lista suma y sigue. Tan antigua era la tradición del hombre lobo de hecho, que investigadores japoneses habían encontrado representaciones de estos y otros seres teriantropos en pinturas rupestres de hace más de 10.000 años. Los hombres lobo y vampiros eran tan viejos como el arte mismo y pertenecían a un mundo en que humanos y bestias no se habían diferenciado.

Con respecto al término "licantropía" este hallaba su origen en el héroe arcadio Licaón que tuvo la mala idea de sacrificar a un niño y servírselo en un banquete a el irascible Zeus para de esta forma poner a prueba su divinidad. Obviamente que a Zeus, que no era un

antropófago como su padre Cronos, no le cayó en gracia la broma de su anfitrión a quien en castigo transformó en lobo.

El desorden mental licantrópico también parecía ser muy antiguo. Marcelus Sidetes, en el siglo II ya se refería a él como una forma de alienación: <<Los hombres son atacados por el mal especialmente en febrero y acechan, solitarios, en los cementerios, como frenéticos lobos.>>

De acuerdo a los estudios históricos se podía reconocer a un hombre lobo mediante cinco rasgos físicos que conservaba en su forma humana; cejas espesas, dientes rojizos, un dedo medio bastante largo, uñas largas y orejas situadas muy atrás y muy abajo de la cabeza. El Dr. sólo respondía a una de dichas características; las cejas espesas, pero siempre las había tenido así, icómo se burlaban los niños de él en la escuela!, hasta le habían apodado Beto en alusión al malhumorado títere de tupidas cejas de *Plaza Sésamo*.

Además de los rasgos físicos, la historia señalaba ciertos modos de conducta típicos de los hombres lobo. Se les suponía amantes de la noche (mucha gente bohemia lo es sin ser hombre lobo o vampiro) y cultores de la soledad (¿qué esperaban?, ¿que los hombres lobo se organizaran para formar clubes o sindicatos?) y parecían acosados por una profunda melancolía (cuando te despiertas, después de una noche de luna llena junto a algunos restos humanos mordisqueados, no andas por ahí con una sonrisa de oreja a oreja).

Durante los primeros meses, cuando aún no asumía completamente su condición, Landsburg llegó a odiar la Luna. La veía engordar, noche tras noche y se decía: "cuando estés llena maldita, también me llenaré yo". Por ese entonces las ideas más descabelladas surcaban su mente, se preguntaba, por ejemplo, si el destruir la Luna, sacarla de la órbita de la Tierra, cesaría su

martirio.

Después de documentarse lo suficiente, el Dr. Landsburg se percató que para la historia el hombre lobo era algo común: Collin de Plaucy incluso contaba que una mañana de 1542 se había visto a ciento cincuenta hombres-lobo en una plaza de Constantinopla. "Tal vez mi condición no sea tan extraordinaria después de todo", pensaba el Dr. Landsburg. Probablemente no podría encontrar la Sociedad de Hombres Lobos Anónimos en las páginas amarillas pero le bastaba con saber que había otros como él por ahí, ocultando su verdadera naturaleza al mundo, sufriendo y haciendo sufrir.

Pronto la actitud del Dr. cambió radicalmente y pudo superar las barreras, impuestas por su formación científica, que le impedían aceptar plenamente el fenómeno del que era objeto. "Después de todo la ciencia no es otra cosa sino un pensamiento paranoide aplicado a la naturaleza", pensaba el Dr. Landsburg, quien terminó por convencerse de incluso estar predestinado a ser un hombre lobo producto de algunas curiosas coincidencias. Era cáncer y la Luna, que gatillaba la transformación, es el regente de dicho signo zodiacal. El Dr. Landsburg, además, era perro en el horóscopo chino y como todos saben, el perro evolucionó a partir del lobo.

A medida que las transformaciones se iban sucediendo, Landsburg conservaba cada vez más las impresiones y reminiscencias de su yo-lobo. Los objetos confeccionados por el hombre le repelían, mientras que los árboles, rocas y arbustos se le antojaban entes vivos que carecían de nombre y que no estaban agrupados por la palabra o el pensamiento. En su mente de lobo no existían especies ni géneros sino meramente individuos.

En estado humano el Dr. conservaba muchas de las capacidades lupinas, su sentido del olfato y del oído se desarrollaron extraordinariamente,

al igual que su capacidad atlética. Su aspecto físico y su salud también mejoraron, rumoreándose incluso que se había operado él mismo, quitándose veinte años de encima. La dieta vegetariana de Landsburg no cambió en absoluto ya que contrario a lo que podría pensarse, en estado humano no sentía un deseo inusual de comer carne. Sólo comía carne en noches de luna llena, carne humana.

Estos beneficios colaterales, junto al firme propósito de adaptarse a su nuevo estado y evitar caer en la autocompasión le llevaron a enfrentar su problema de una forma positivista algo exagerada (siendo esto no otra cosa sino un mecanismo de autodefensa para soportar la maldición). En aquel entonces al Dr. no le preocupaban mayormente las personas que morían con la llegada de la luna llena, después de todo no era su culpa que mensualmente, y en un par de noches, se registrarán entre 7 y 9 asesinatos en los que poco y nada quedaba de las víctimas para ser reconocidas por sus adoloridos deudos.

"Yo soy el otro", escribió Gerard de Nerval, idea tan antigua como la de los hombres-lobo y que han repetido incansablemente los poetas desde Blake y los románticos alemanes. El lobo, el otro yo del Dr. Landsburg, era el culpable de las muertes. Él había tratado de evitarlo, había puesto las esposas, se había retirado a su casa en la playa, mas todo era inútil. Había investigado y no había cura.

—¿Cura? ¡Lo mío no es una enfermedad! Es una condición —se decía el Dr. Landsburg—. Como el daltonismo por ejemplo.

El lobo ya no asustaba a Landsburg y había dejado de maldecir a la Luna, a la cual ahora profesaba su amor.

—Me da lo mismo que me digan que la Luna es una roca inerte en el firmamento, yo sé positivamente que no lo es —solía decir el Dr. parafraseando a Lawrence—. La Luna, símbolo

femenino mortuorio y cíclico. Controladora de todos los planos cósmicos sujetos a la ley del devenir: aguas, lluvia, vegetación, fecundidad, hombres lobo...

A pesar que el lobo como símbolo es ambivalente, el Dr. imbuido por su positivismo prefirió quedarse con el aspecto benéfico, en contraposición al feroz y satánico. El lobo es símbolo de la luz porque ve en la noche, esa era su significación entre los nórdicos y los griegos que lo atribuyeron a Belen y Apolo. Entre los mongoles, el lobo tenía carácter celeste y se le consideraba el ancestro del gran Gengis Khan. También en China se le vincula al cielo, siendo personificación de la estrella Sirius, guardián del palacio celestial (la Osa Mayor). El hecho que el lobo desempeñara el papel de psicopompo y que su boca fuera el símbolo de reintegración cíclica en la mitología escandinava hicieron creer al Dr. que las víctimas de su yo-lupino no podían encontrar una mejor forma de morir. La adaptabilidad del ser humano parece no tener límites, se decía Landsburg, uno se acostumbra a todo. La Fontaine estaba en lo correcto cuando, al oír lamentar la suerte de los condenados en las llamas del Hades dijo: "Pienso que al final se acostumbrarán y estarán allí como el pez en el agua".

5

La primera víctima humana de Landsburg fue "la Jacqueline", una muchacha que ejercía el comercio sexual. Jacqueline tenía tan sólo doce años cuando el borracho de su padre llevó a casa a un amigo suyo para que la violase. Ella se negó enérgicamente y el padre mismo la violó para que no se hiciera la caprichosa, luego le tocó el turno a su amigo. Desde aquella noche Jacqueline no volvió a oponer resistencia. Durante años tuvo relaciones sexuales con su padre hasta que lo arrolló un camión, Jacqueline fue acogida entonces por uno de los amigos del viejo que

de proxeneta y que la obligó a prostituirse. Landsburg la despedazó con rapidez para luego seguir con Rodrigo Fuentes; taxista; 62 años; jubilado de Carabineros; padre de dos hijos y abuelo de cinco nietos; fanático del fútbol, los buenos asados y la Sonora de Tommy Rey. Don Rolo (como le decían en el barrio) había tenido la mala idea de detener su vehículo para contemplar la carnicería. Mala suerte.

Landsburg se sirvió luego a Delia Jorquera (una anciana vagabunda de la que no podemos decir mucho salvo que apestaba a orines) y a Javier Eltit; Diseñador Gráfico de una importante agencia de publicidad; 35 años; de signo zodiacal Géminis; muy imbuido en los temas esotéricos y fanático de bandas como Atari Teenage Riot, Nine Inch Nails y Slayer. Javier viajaba por la costanera a 140 km./hora en su moto Steed cuando el licántropo le saltó encima. Antes de tocar tierra ya estaba muerto con el cuello seccionado. Su novia de 19 años, Esperanza Gubbins (prima del estudiante de Literatura y joven promesa de la narrativa chilena, Carlos Andrade), lo esperaba en el departamento que ambos compartían para celebrar el primer aniversario desde que vivían juntos. Había preparado una cena especial y esperaba hacer el amor toda la noche con Javier, a quien llamaba cariñosamente "Pinky" y cuyos restos los efectivos policiales habrían de reunir en cinco bolsas distintas.

El licántropo ya había saciado su hambre, pero de todas maneras mató a una persona más antes que despuntara el alba, un borracho que dormía sobre el banco de una plaza y que resultó ser no otro que Miguel Alvarado alias "Cocofla", estudiante de cuarto año de Sociología de la Universidad Arcis. Cocofla venía de un recital de Bad Religion en la Discotheque Laberinto, había estado dos horas encerrado en el baño de mujeres para no pagar y luego se había emborrachado con unas botellas de vodka y pisco que habían

entrado clandestinamente unos conocidos suyos. Terminada la tocata y abandonado por sus amigos, Cocofla intentó abordar una micro pero antes de llegar al paradero lo venció la borrachera, y ahí, durmiendo la mona sobre un banco lo encontró el lobo.

En un principio, Landsburg pensó que le descubrirían, sobre todo cuando los periódicos sensacionalistas comenzaron a especular sobre la desaparición de varias personas que no dejaban más rastros que algunas manchas de sangre. Primero, se habló de un asesino en serie, las versiones sobre un monstruo de pelaje grisáceo y dientes agudos como navajas eran demasiado absurdas, incluso para la prensa amarillista. Finalmente los medios debieron aceptar la existencia de, por lo menos, un animal noctívago con una particular debilidad por la carne humana. Se recomendó a la población santiaguina no abandonar sus hogares las noches de luna llena, que era cuando la bestia cobraba sus víctimas pero esto no sirvió de nada. Existían personas de hábitos nocturnos que no se intimidarían por un perro grande, por lo demás, ¿quién se va a estar preocupando de observar el estado de la Luna antes de salir de noche?

Siempre en Lunes, el programa de televisión con el más alto rating desde que se inventara el people meter y que ni siquiera el Dr. Landsburg se perdía, invitó como era de esperarse a expertos en el tema. Szandor Rivero, periodista argentino especializado en desenmascarar fraudes paranormales desestimó, pese a las rotundas evidencias, que se tratara de un hombre lobo.

—La primera mención a un hombre lobo sería en el siglo quinto A.C. —señaló Rivero al ser consultado sobre el tema—, cuando los griegos, al asentarse en las costas del Mar Negro tomaron a los habitantes de otras regiones por hechiceros capaces de metamorfosearse en bestias salvajes. La leyenda más conocida sin embargo proviene de la campaña francesa. Basta decir que entre

1520 y 1630 tuvieron lugar más de 30,000 juicios a hombres lobo en dicho país. La mayoría de las personas que fueron llevadas ante los tribunales eran gente pobre, que provenía de tierras bajas con elevaciones de menos de 500 metros sobre el nivel del mar. Una teoría reciente señala que toda esta psicosis colectiva de hombres lobo fueron resultado del hongo Ergot, que se desarrolló en el pan de centeno, la principal fuente de alimentación de los pobres. Dicho hongo, era un poderoso alucinógeno. La histeria de hombres lobo sería el resultado de una alucinación en masa ya que gran parte de los acusadores y acusados eran consumidores de pan de centeno. El pan que comían los ricos se elaboraba sobre la base de trigo, inmune al hongo Ergot. Esto explica la ausencia de casos de licantrópía en dicho segmento de la población.

–¿Qué es lo que quiere decir, profesor Rivero? –preguntó la preciosa Carolina Russolo, una de los tres conductores del programa cuya profesión era la de reina de belleza.

–Quiero decir que estamos ante un caso de psicosis colectiva, similar a la ocurrida en Francia en el siglo XV –contestó Rivero–. Me temo que estamos a las puertas de una nueva caza de brujas.

Al igual que en los libros filosóficos de Tlön, *Siempre en Lunes* suele incluir la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina. Su director, Bertrand González, sabe bien que un programa de televisión que no encierre su contraprograma es un programa incompleto por lo que también invitó al afamado investigador de lo paranormal Jaime Cáceres, experto en OVNI, psicofonías, apariciones marianas y otras yerbas.

–Sólo por siaca, Don Jaime –dijo el Pipe Marambio, de profesión bueno pa'l hueveo y a quien Landsburg conocía de los tiempos en que Marambio animaba las fiestas del Club de Polo–, ¿qué precauciones tenemos que tomar pa'

protegernos de los hombre lobos?

–El método más seguro para eliminar a un hombre lobo –dijo Cáceres– es la plata.

–O sea que le tiro unas monedas y listo, profe –acotó el Pipe provocando las carcajadas del público.

–Me refiero a penetrar su cabeza, corazón o cualquier otra parte vital de su cuerpo con el metal llamado plata –continuó Cáceres sin perder su habitual compostura–. La plata tiene el mismo efecto corrosivo en los hombres-lobo que el ácido en el cuerpo humano, neutraliza las capacidades regenerativas de la criatura. El hombre lobo, ya sea en forma humana o de lobo, no será capaz de regenerarse con la nueva luna llena y morirá indeclinablemente. Ahora bien, cabe señalar que no existen aún pruebas que confirmen que el responsable de las muertes sea un hombre lobo, ni siquiera existen pruebas de que esta criatura mitológica exista, yo tengo otra teoría...

–¿Y cual es esa teoría, profesor? –preguntó la hermosísima Carolina, una de las pocas mujeres que no necesitaba bisturí de acuerdo al Dr. Landsburg (por lo menos hasta que los años se le vinieran encima) y que gustaba de leer indistintamente tanto a Paulo Coelho como Nietzsche, además de mantener una relación extra-marital con el Pipe (la cual era un secreto a voces).

–Yo creo, Carolina –dijo muy serio Cáceres–, que las muertes son obra del chupacabras.

–¿Del chupacabras? –exclamó sorprendido el Pipe–, no hueveé profe.

–Mis investigaciones me han llevado a concluir que el EBA (o ente biológico anómalo) conocido como chupacabras, es la mascota olvidada de un equipo de investigación alienígena. Lo que en un principio no era más que un cachorro se ha desarrollado y ahora posee la capacidad y fuerza necesaria para alimentarse de humanos. El chupacabras puede teletransportarse utilizando los campos geomagnéticos de la Tierra, lo que

ciertamente representa una enorme ventaja evolutiva.

–Eso explicaría entonces sus ataques en distintos puntos del planeta, y el que haya sido imposible su captura –comentó la superlativamente agraciada Carolina como si diera crédito a las palabras del charlatán.

–En efecto, Carolina –respondió el embelesado ufólogo con la mirada fija en aquellos grandes ojos azules de nuestra única Miss Universo–. Usted además de bella es muy inteligente.

–¡Por favor! –exclamó indignado Rivero–, que este asunto no involucre hombres lobos no quiere decir que usted los reemplace por el aún menos probable chupacabras, ¿tiene usted alguna noción mínima de ciencia?, ¿ha oído hablar de la Paradoja de Fermi?

Samuel Álvarez, de profesión humorista y tercer y último integrante en importancia del triunvirato de conductores trata de calmar los encendidos ánimos de Rivero con el chiste de rigor: dos siameses llegan al médico, uno está todo rasguñado, el médico pregunta ¿cuál de ustedes es el hombre lobo?

El Pipe y el resto de los conductores, invitados, público y tele-espectadores se desternillan de la risa, todos menos Szandor Rivero que no se explica cómo fue que aceptó venir al programa.

Landsburg, que había seguido la transmisión desde la comodidad de su cama king size en compañía de María Gracia (con la que había hecho el amor cinco veces durante las tandas comerciales), apagó la tele. Inmersos en la oscuridad del dormitorio los amantes se abrazaron y María Gracia dijo:

–Tú deberías tener un programa de televisión.

–¿Yo en la tele? –preguntó Landsburg–. Debes estar bromeando.

–De ninguna manera –aseveró María Gracia– eres muy fotogénico, Cristóbal, tienes mucha mejor facha que el roto ordinario del Pipe

Marambio, ino sé que le encuentran a ese gallo!

–Es simpático, representa muy bien al chileno medio. Yo no sería capaz de conducir un programa como *Siempre en Lunes*.

–No hablo de que hagas un programa como ese, sino algo que tenga que ver con lo tuyo.

–¿Con la cirugía?

–Sí, se podría hacer un casting de gente que necesite arreglarse algo, pero no deformidades congénitas o de grado patológico, nada de labios leporinos, secuelas cicatrizales de quemaduras, pérdidas de sustancia por resección de tumores o accidentes, eso no lo quiere ver el público.

–¿Qué entonces? ¿Liftings, mamoplastias, abdominoplastias, lipoaspiraciones...?

–You got the idea, Chris. En el programa se mostraría a los pacientes en tu consulta hablando de que quieren hacerse y porqué, luego podría ir parte de la operación y después como quedaron y la forma en que la operación ha mejorado sus vidas. Ellos no pagarían un peso, sería financiado por el canal, y tú te convertirías en una estrella mediática.

–No sé si quiera convertirme en una estrella mediática.

–Hasta te tengo un nombre para el programa, “Cirugía del cuerpo y del alma”, es una idea ganadora, te lo aseguro.

–No sé, no me convence.

–Bueno, si no lo haces tú ya verás como alguien se te adelanta –sentenció María Gracia volteándose.

Landsburg permaneció despierto unos minutos más en medio del silencio nocturno, reflexionado lo positivo que era que se tomara a la broma los ataques del licántropo para finalmente concluir que dentro de un tiempo sería tan habitual que murieran despedazadas cinco o seis personas durante las noches de luna llena que nadie daría mayor importancia al asunto, pero el Dr. se equivocaba.

6

Pese a que Landsburg no poseía plena conciencia en estado de lobo, sí recordaba algunos detalles de sus correrías nocturnas y conservaba suficiente conciencia como para no atacar a un familiar, amigo o cliente, así mismo como niños y mujeres embarazadas (cabe recordar que el hombre lobo en forma lupina retiene suficiente conocimiento como para reconocer víctimas, evadir trampas, etc.). Como bien sabemos el licántropo se había zampado a criminales menores, parejas de enamorados, pordioseros, trabajadoras sexuales, nadie que fuera significativo para el gran público. Pero entonces, tragedia nacional, ¡el hombre lobo se había comido al Pipe Marambio!

Luto nacional, banderas a media asta. Fue la gota que colmó el vaso, el Gobierno decidió que era tiempo de hacer su entrada y optó, no sin las acostumbradas discrepancias partidistas, a decretar toque de queda en Santiago las noches de luna llena, lo que se conoció como "restricción lunar". Una vez más las fuerzas armadas se volcaron a las calles para "garantizar la paz ciudadana" y "hacer cumplir la normativa". Se cometieron algunos excesos pero después de todo era por el bien del país. Lo irónico de todo esto, es que el Dr. no era el responsable de la muerte del Pipe, sino un asesino a sueldo contratado por Maximiliano Canala-Etcheverría, el celoso y multimillonario marido de la Russolo.

Michael Fallon era británico y un especialista en realizar homicidios que aparentaran ser accidentes, razón por la que se había ganado el apodo de "Accident-Man". Para él fue muy fácil deshacerse del Pipe simulando un ataque del hombre lobo, cobró la otra mitad de su paga (que el anciano marido de la reina de belleza depositó en una cuenta en Suiza) y regresó a su apacible casita de ladrillos en la ciudad de Lowestoft en el condado de Suffolk, Inglaterra, donde vivía junto a sus tres gatos.

En cuanto a la brillante medida implementada por el Gobierno, esta duró tan sólo unos meses. La gente ya estaba harta de la restricción vehicular, los ahorros de luz forzados, las botillerías cerradas después de las doce de la noche... La oposición, que hace tiempo exigía que el Gobierno tomara cartas en el asunto le echó luego en cara el implementar un régimen del terror y hasta se dijo que el monstruo era un sistema de limpieza étnica del gobierno, coludido en cierto complot internacional orquestado por los socialistas. Giorgio Giordano, el diputado ecológico, llamó por otra parte a un acto público en contra de la restricción lunar, que se sumaba a todas las otras medidas que amenazaban la libertad y derechos ciudadanos. Finalmente, los militares se negaron a seguir protegiendo a la ciudadanía. ¿Quién nos protege a nosotros?, alegó el general al mando. Al monstruo le gustaban tanto los militares como los civiles.

Debido a la delicada situación que vivía el país, es decir, Santiago y sus alrededores, el Dr. Landsburg decidió abandonar Chile durante un tiempo. Dejó a su socio, el doctor Víctor Carrera a cargo de la clínica y emprendió un viaje de dos años a Israel, Alemania, Brasil y Estados Unidos, donde se especializó en los nuevos procedimientos de la cirugía plástica y degustó la carne extranjera. Landsburg intentó, además, contactarse con otros de su especie e incluso regresó a Rumania en busca del lobo alfa que le había engendrado, pero todo fue en vano. ¿Cómo era posible que él fuera el único hombre lobo en el mundo?, se preguntaba Landsburg, ¿dónde estaban sus demás hermanos? Ante el fracaso de sus pesquisas el Dr. hubo de contentarse con observar a los lobos enjaulados de los zoológicos de las principales capitales que visitó. Para su sorpresa ahora podía distinguir perfectamente a los machos de las hembras, que despertaron en él novedosos deseos zoofílicos. Era una suerte que en su forma

lupina su principal deseo fuera el de cazar y no reproducirse ya que en Chile no había ni una sola loba (ni siquiera en el zoológico metropolitano) y encontraba indigno cruzarse con una perra.

A su regreso a Chile el ambiente socio-político se hallaba más tranquilo y la polémica del momento se centraba en el magnate norteamericano George Kettenmann y su proyecto de crear un "santuario de la naturaleza" en la Décima Región. Kettenmann era partidario de lo que el ecofilósofo noruego Arne Naess denominó "ecología profunda", algo que nadie sabía muy bien de qué se trata pero que aparentemente se asemeja a las ideas de San Francisco de Asís y a lo que en países desarrollados se conoce como "perennial philosophy", término cercano al ecocentrismo.

Kettenmann había publicado un aviso en la prensa local pidiendo información que condujese a la captura de los responsables de una matanza de lobos marinos cerca de una empresa salmonera de la zona y como respuesta se produjo una avalancha de denuncias que señalaban el presunto acoso de Kettenmann hacia los colonos, además de surgir versiones que señalaban que el territorio del norteamericano (el 22 por ciento del total de terrenos de la provincia de Palena) era una amenaza a la seguridad de la nación, y que daría paso a una nueva Colonia Dignidad, un basurero nuclear, o una nueva patria judía.

Ajeno a estas polémicas, Landsburg reformó la clínica de cirugía plástica convirtiéndola en clínica estética, especializándose en la tecnología láser, y cambiando el bisturí por el rayo de luz colimado, coherente y monocromático. Al igual que en la mayoría de los países industrializados el Chile de la década de los 1990's experimentaba un auténtico boom de cirugías estéticas por lo que el Dr. estaba ganado dinero a camionadas.

Los servicios de Landsburg ya no eran un

bastión exclusivo de la clase alta y tanto secretarías como vendedores de seguros se endeudaban con el banco para cortarse unas cuantas lonjas de cadera o hacerse un lifting. La cosa llegaba a tal extremo que unos padres, tan necios como ricos, quisieron regalar a su hija, con motivo de su decimocuarto cumpleaños, una implante de pechos. El Dr. Landsburg se negó a hacer la intervención explicándoles que a los doce años la niña aún no terminaba de desarrollar sus propios senos. Los padres encolerizados demandaron al Dr. pero los jueces, como es lógico, le dieron la razón a Landsburg.

Rosa Montero, lúcida cronista de la revista *El Sábado* de *El Mercurio* (al que el Dr. estaba suscrito por supuesto), había redactado: <<Vivimos en un mundo hipertecnológico en el que casi todo es posible, y el deseo de ser Dios es demasiado fuerte. ¿Qué mayor poder aparente sobre la vida puede haber que el de construirnos a nosotros mismos? Cambiar de sexo, como los transexuales; de raza, como los chinos; o, más modestamente, de nariz, de glúteos, de barriga. Cambiar de cuerpo, en fin, y luchar contra los estragos de la edad, como si la eternidad fuera posible. Pero no lo es, y, por mucho que nos estiremos y recosamos, la muerte siempre acaba por devorarnos.>> ¡Que identificado se sintió el Dr. Landsburg con esas palabras! Él era un dios que dispensaba inmortalidad a sus pacientes pero que también acababa con la vida de los indeseados, él cambiaba de cuerpo y nunca envejecería, lo que podría suponer un problema a la larga, pero el Dr. ya se ocuparía de ello a su debido tiempo.

7

Los medios de comunicación volvieron a divulgar las andanzas del monstruo y una vez más el gobierno intentó decretar estado de emergencia y restricción lunar pero nadie hizo caso, había mayor mortandad por conductores

ebrios que por un hombre lobo. El Dr. nunca se había sentido más seguro y confiado. Entonces comenzaron sus verdaderos problemas.

Lo primero fueron ciertos indicios de que su yo lupino se estaba tornando incontrolable, cuyo mejor ejemplo fue la cirugía que hubo de practicarle a una dama de la alta sociedad que había recibido un zarpazo de la bestia en los glúteos. La excelentísima señora era una de sus mejores clientes y cada vez que le solicitaban ser portada de revista acudía con él a “arreglarse” algo. Imaginen la preocupación del Dr., hasta ese momento sólo había atacado a desconocidos (lo que de alguna manera aliviaba su sentimiento de culpa) pero ya no podría estar seguro de no zamparse a algún amigo, cliente o familiar. A esto hubo de sumarle Landsburg una demanda por cuasidelito de lesiones graves interpuesta por una de sus pacientes luego de que se acreditara que había dejado una compresa de gasa en uno de sus implantes. El Sexto Juzgado del Crimen de Santiago decidió someterlo a proceso por el cuasidelito de lesiones graves debido a esta negligencia médica “inexcusable” y el escándalo que se desató al filtrarse la noticia fue de proporciones afectando profundamente la impecable reputación del Dr. Pero lo peor estaba aún por llegar tras el infortunado fallecimiento de una paciente en su exclusiva clínica.

El procedimiento llevado a cabo por su socio, el Dr. Carrera, había consistido en una doble cirugía: implante mamario y estiramiento de abdomen, lo que significó casi seis horas de pabellón. A eso de las tres de la tarde del día siguiente, la paciente comenzó con síntomas de taquicardia y baja de presión. El doctor Carrera consultó con Landsburg quien concluyó que probablemente tendrían que efectuar una transfusión sanguínea, pero antes de llevarla a cabo la paciente falleció a causa de una embolia pulmonar, una complicación poco frecuente pero

propia de cirugías estéticas de alta complejidad como es efectuar dos procedimientos en una misma intervención.

Dos querellas (una criminal y otra civil) fueron interpuestas en contra del Dr. Landsburg y su socio. Su reputación se hundió más aún y el escándalo creció a proporciones insoportables, Landsburg lo único que deseaba era huir al extranjero, deseo que no podía llevar a la práctica debido a la orden de arraigo emitida en su contra.

El único consuelo del Dr. ante todos estos contratiempos era que pronto habría Luna llena pero incluso esto le producía cierto resquemor ante la posibilidad de que el lobo actuara descuidadamente.

Esa noche, como cada mes, el Dr. Landsburg había abierto los ventanales de par en par y contemplaba pacientemente al sol ocultarse tras la cordillera mientras escuchaba los *Conciertos brandenbureses* de Bach. Cuando el astro estaba a punto de abandonar completamente el firmamento y justo en el mismo instante en que se oía el increíble solo de clavelín del primer movimiento del quinto concierto, Landsburg comenzó a resoplar fuertemente por la nariz y a jadear como un cánido. Ya adoptando la pose cuadrúpeda, saltó por la ventana hacia el enorme patio de su residencia y dio la bienvenida al lobo.

El licántropo estaba impaciente y en vez de merodear por las periferias de la ciudad, lejos de su exclusivo barrio donde nadie se metía con nadie y nadie veía nada, irrumpió con violencia en la casa de sus vecinos modificando inesperadamente sus hábitos de cacería. Primero atacó a los dos perros de la familia (un dogo argentino que respondía al nombre de Polo y un pastor belga llamado Lucas) para luego seguir con la asesora del hogar cuya habitación se ubicaba en un pasillo junto a la cocina.

La Sra. Eduviges tenía 54 años y era oriunda de Panguipulli, llevaba diez años trabajando con la familia Arestizabal-Hoffman y se sentía muy

agradecida de sus patrones que la trataban dignamente y le tenían el pago de sus imposiciones al día. A los pies de la escalera que conducía al segundo piso y los dormitorios el licántropo se encontró con el jefe de hogar en pijama y empuñando una pistola, José Ignacio Arestizabal Lorenzini, de 47 años, era colega del Dr. Landsburg; había estudiado Medicina en la Universidad de Chile y Psiquiatría en la misma casa de estudios; tenía un postgrado en el Nacional Addiction Centre, Institute of Psychiatry of Maudsley and Bethlehem Hospital, University of London y un postgrado en Abuso de sustancias de la Universidad de Yale; le gustaba practicar el parapente, sus escritores favoritos eran Tom Clancy y Robert Ludlum y le gustaban las películas de James Bond. El licántropo recibió cinco disparos en el cuerpo y luego destrozó a José Ignacio. Arriba le esperaban abrazados en una esquina los restantes miembros del núcleo familiar. Francisca Hoffman Cruchaga tenía 32 años y era "Artista visual", poseía una licenciatura en arte mención escultura y un postítulo en arquitectura y manejo del paisaje de la Universidad Católica, la Pancha había participado en un sinnúmero de exposiciones tanto en Chile como en el extranjero y para ella el arte podía definirse en la frase de Joseph Beuys: "Denken ist Form". Luciano Arestizabal Hoffman tenía 9 meses, pesaba 11 kilos, medía 79 cms. y gustaba de llorar y beber leche del pecho de su madre; Candelaria Arestizabal Hoffman tenía 13 años, estudiaba en las Monjas Francesas y era fanática del animé y Placebo, sus amigas la llamaban "Candy", tenía el cabello rubio y quería desesperadamente tinturárselo negro, pero sus padres se lo habían prohibido. El licántropo dio cuenta de ellos de una forma particularmente bestial dejando tras de sí un escenario de sangre y vísceras que los periodistas no dudarían de calificar como "dantesco".

El hombre lobo se disponía a retirarse del

hogar de la extinta familia cuando una potente luz penetró de improviso por la ventana del dormitorio, la intensidad del foco cegó al licántropo y este huyó hacia los faldeos precordilleranos contiguos al Arrayán, corriendo velozmente con su perseguidor volando detrás de él por sobre las copas de los árboles más altos. Una y otra vez el licántropo cambió bruscamente de dirección en busca de un fragmento más tupido de bosque, sólo para ver de nuevo frente a sí el rayo de luz del helicóptero, un A-H 64 Apache de esos que fueron utilizados exitosamente durante la guerra de Golfo de 1991 cuando destruyeron más de 800 blindados e inutilizaron radares estratégicos iraquíes.

El Apache que perseguía a Landsburg estaba diseñado para combatir tanto de día como de noche y con cualquier condición meteorológica, estaba armado de un cañón de 30 milímetros montado en el eje y sobre el fuselaje; de un lanzacohetes de 70 milímetros y de cuatro lanzadores de misiles de tipo Hellfire (antitanques), Sidewinder (antiaéreos) y Sidearm (antirradares). Este helicóptero por supuesto que no pertenecía a la Fuerza Aérea chilena, sino a cierto particular muy acaudalado e inescrupuloso.

Tras una hora de persecución el Apache acorraló al licántropo en un yermo al pie de un acantilado. El lobo intentó trepar por la rocosa muralla pero le fue imposible, el helicóptero había descendido cortándole la vía de escape. Dos hombres con atuendos paramilitares se bajaron del Apache y el licántropo se dispuso a atacarles, los sujetos le apuntaron con sus fusiles y antes que pudiera saltarles encima lo acribillaron a balazos. El Dr. jamás había recibido una bala en el cuerpo, ya fuese en estado lupino o como humano, pero sabía que estas no eran balas comunes, eran balas de plata.

Los poderosos músculos del licántropo se contrajeron al igual que garras, comillos y pelaje.

En medio de un indescriptible y dulce dolor más cercano al éxtasis divino que otra cosa el hombre lobo recuperó su forma humana.

El asombroso factor regenerativo de Landsburg no estaba funcionando, parecía increíble, pero se estaba muriendo.

–¿Quiénes son ustedes? –logró balbucear el Dr. mientras escupía sangre e intentaba ponerse de pie.

–Esto es de parte del Sr. George Kettenmann –dijo uno de los sujetos desenvainando una katana de plata–. Usted es una muy mala propaganda para Chile como destino turístico, el Sr. Kettenmann ha tolerado suficiente su existencia y no puede permitir que un hombre lobo ajeno a la Hermandad le arruine su proyecto de instalar un resort para licántropos en el sur.

–¿De qué hermandad está hablando?

–La Hermandad del Plenilunio, la organización más grande de licántropos del mundo.

–¿Y por qué nunca se me invitó a unirme?

–Usted fue mordido por un miembro expulsado de la hermandad, y al ser un lobo beta engendrado por un alfa desafiado no posee el derecho a incorporarse a la organización.

–¿Que hay del lobo alfa que me infectó?

–Fue eliminado poco después que lo mordiera, esa misma noche de hecho. Le estábamos siguiendo la pista hacía meses a ese desgraciado. Si usted no hubiese abandonado su habitación del hotel todo esto podría haberse evitado Dr.

Todo quedaba muy claro ahora. Landsburg no había podido encontrar más hombres lobos porque estos le rehuían. Él era como un leproso para ellos, el hijo bastardo que se negaban a reconocer.

–Nuestro jefe me ha pedido que le lleve su cabeza –dijo el sujeto de la katana–, así que si me permite...

Mucho se ha especulado sobre lo que experimenta la mente de alguien que está a punto de morir y no son pocos quienes postulan

que la vida entera del individuo pasa ante sus ojos en un breve instante. En el caso del Dr. Landsburg, su mente se fijó en un recuerdo en particular: el último capítulo de *Magnum P.I.*, tanto el “aparente”, como el verdadero.

Anticipándose a la presunta cancelación de la serie en la primavera de 1987, los productores de *Magnum* filmaron un dramático y surrealista final en el que el personaje interpretado por Tom Selleck era asesinado de un balazo para luego irse directo al cielo. Sin embargo el programa favorito del Dr. gozaría inesperadamente de una nueva temporada, obligando a los guionistas a convertir la muerte y ascensión al Reino Celestial de Magnum en un “sueño”. El verdadero final de la serie saldría al aire en mayo de 1988 en un capítulo de dos horas en el cual Thomas Magnum abandonaría el negocio detectivesco, se reuniría con su hija perdida y se reincorporaría a la armada. ¿Era este, al igual que en el caso de *Magnum*, sólo un final aparente? ¿Se extendería la temporada de caza para el licántropo hasta su verdadero retiro?

La hoja de la katana cercenó de un sólo y certero golpe la cabeza del Dr. Landsburg que rodó por el suelo con una expresión beatífica en el rostro, expresión que posteriormente sorprendería a George Kettenmann.

© 1997-2003, Sergio Alejandro Amira A.

EL HOMBRE LOBO EN LA CIENCIA FICCIÓN

por Sergio Alejandro Amira

terror. No sé que diablos será y puede que sátira sea la forma más adecuada para definirlo. Sea como sea e independiente de la taxonomía debo mencionar que es el único cuento de mi producción (en su versión original al menos) que le ha agradado minimamente al riguroso y taciturno ex-pope de la ciencia ficción chilena, Luis Saavedra.

Licantropía contemporánea data del año 1997, y sufrió varias correcciones menores hasta su versión definitiva del 2004. Encuentro particular deleite en los cuentos que toman ideas cliché o tópicos gastados dándoles una vuelta de tuerca y eso fue lo que pretendí con *Licantropía*... La idea original surgió tras la lectura en un suplemento de viajes que detallaba las ofertas turísticas de Transilvania. De inmediato imaginé a un personaje chileno viajando a las tierras del Conde Drácula y siendo mordido por un hombre lobo. ¿Por qué no por un vampiro?, no sé, hubiera sido lo más lógico pero yo no tenía en mente escribir sobre vampiros sino sobre hombres lobo.

al personaje pensé: ¿quién sería el tipo menos probable como para convertirse en un hombre lobo? La respuesta: un acaudalado cirujano plástico. El resto surgió sólo. Hasta ese momento la única obra de ficción que había leído sobre el tema de la licantropía era *A la deriva entre los islotes de Lagerhans: Latitud 38° 54'N, longitud 77° 00'13 O*, cuento de Harlan Ellison incluido en *Los Premios Hugo 1973-1975* (según Asimov esta narración ganó el Hugo ya que cuando se imprimió el título no



© Bernie Wrightson / Zimm

el título no quedó espacio para el resto de los nominados). *A la deriva...* comienza con el siguiente párrafo: <<Cierta mañana, al despertarse en su cama de algas después de tener sueños inquietos, Moby Dick se halló transformada en el capitán Ahab>>. ¡Grande Ellison!, ¡que buena alegoría! Pero hasta ahí no más las alabanzas para el diminuto y temperamental escritor. Nada más de lo suyo que he leído me ha gustado, ni siquiera su mediocre antología *Visiones Peligrosas*, que salvo el cuento de Sturgeon no ofrece nada realmente “peligroso” e incluye algunas narraciones bochornosamente malas.

Mi idea era escribir algo parecido a *A la deriva...* entonces, pero por suerte lo que salió fue muy distinto. Lo que más apreciaba del cuento de Ellison era la sutileza con que trata el tema del licántropo haciéndolo tan imperceptible que se transforma casi en un ruido de fondo, algo muy distinto a lo que ocurre en mi narración, donde el hombre lobo es una estridencia omnipresente que se hace sentir desde el título, que adopté del poeta surrealista Louis Aragón. Obsérvese sus versos:

*Recuerdo que en mil quinientos cuarenta y uno
cerca de Pavia
cuando me apresaron en la campiña por donde
[deambulaba víctima de los primeros efectos del
[mal
los campesinos no quisieron creerme cuando les
[dije la verdad
Rehusaron tomarme por lobo furioso
a causa de mi piel humana y Santos Tomases
eternos de la ciencia experimental.
Cuando les confesé que mi piel lupina estaba
[oculta
entre pellejo y carne
con sus puñales me hicieron tajos en los miembros
[y el cuerpo
para verificar mis melancólicas afirmaciones*

no me tocaron la cara

espantados por la atroz poesía de mis rasgos.

Luego de escribir *Licantropía contemporánea*, y mientras husmeaba entre los escasos títulos de ciencia ficción de la librería Catalonia, encontré *El Hombre Lobo Insólito*, y sin dudarlo dos veces desembolsé el oneroso precio que por él exigían. Este libro forma parte de una tríada sobre monstruos clásicos que completan *Frankenstein Insólito* y *Drácula Insólito*, de hecho posteriormente encontraría estos tres títulos en otra librería, ¡por el mismo precio que yo había comprado *El Hombre Lobo Insólito*!

Volví a encontrarme en esta recopilación con *A la deriva...*, el cuento de Harlan Ellison, quien además escribe el prólogo. Aunque no queda del todo claro me parece que Ellison no actuó como antologador en este caso, dicha función no está acreditada y sólo figuran como responsables los Editores Asociados: David Keller, Megan Miller y John Betancourt, que asumo habrán seleccionado los cuentos. De cualquier forma y como suele ocurrir en estos casos la calidad de las narraciones es muy dispar correspondiendo las más afortunadas no a los “grandes nombres” anunciados en la portada como Robert Silverberg o Philip José Farmer, sino a los menos conocidos (el cuento de Silverberg de hecho es malísimo).

El único relato de esta antología que trata el tema del hombre lobo en clave de ciencia ficción es *Y la luna llena brillará* de Brad Strickland. Están Ellison y Niven también, pero en el caso del primero la condición licantrópica del protagonista es un mero vehículo para justificar un viaje al interior del “alma” humana (literalmente), y en lo que al autor de *Mundo*

Anillo respecta, su relato no involucra hombres lobos propiamente tales sino seres humanoides que evolucionaron del lobo en vez del mono.

El cuento de Strickland relata las desventuras del último hombre lobo sobre la faz de la Tierra, sometido a estudios psíquicos y biológicos por parte de un indolente científico. <<Usted no posee derechos.>>, señala el doctor a Kazak, el hombre lobo, <<La Constitución planetaria garantiza derechos a los humanos, y usted es un licántropo. Algo muy diferente. Tal vez un *Homo sapiens ferox*.>> El doctor Iglace también nos revela que la licantropía no es una maldición sino una condición, genética por un lado, y contagiosa por el otro. La mordedura de un hombre lobo en su forma lupina, explica el doctor, conlleva una secreción de las glándulas salivares que altera el ADN de manera sutil pero crucial en las personas que poseen el gen licantrópico recesivo. Otras características de la licantropía explicadas de manera verosímil por Strickland son:

La voracidad del hombre lobo. La transformación exige un gran gasto de energía y el licántropo debe comer por lo menos un tercio de su peso humano normal para hacer la transición de hombre a lobo y de lobo a hombre sin efectos secundarios nocivos. La biomasa perdida al cambiar de hombre a lobo va a para a la formación del pelaje y la reorganización del esqueleto y musculatura.

La plata como método para eliminar a un hombre lobo. La plata actúa como catalizador y debilita dos de las hormonas del licántropo. La plata en si misma no se ve afectada por la reacción pero la estimula, cortocircuitando la capacidad regenerativa del hombre lobo.

La Luna llena como agente catalizador de la metamorfosis. Esto se debe a una forma sutil de radiación provocada por la luz solar al incidir en la superficie lunar, activando un proceso que hace desprenderse determinadas partículas

subatómicas del suelo de la Luna. <<Cuando la Luna esta en cuarto creciente, incluso en tres cuartos, la radiación es demasiado débil para influirle. Sólo cuando la luna está enteramente plena la reacción llega a la Tierra con la intensidad suficiente para generar la transformación.>> La única solución para escapar al influjo de las radiaciones propuesta por el Dr. Iglace sería estar protegido por una capa de material de mil kilómetros de espesor o volar alrededor de la tierra una vez al mes en un avión rápido de modo que la Tierra se interpusiera constantemente con la luna. Posible pero poco práctico.

El otro relato de ciencia ficción referente a hombres lobo que he leído es *Plenisol*, de Brian Aldiss. *Plenisol* transcurre en un mundo dominado por gigantescas ciudades mecanizadas en las que el hombre se ha recluido amputándose finalmente del todo de la naturaleza. <<...una ciudad estaba separada de otra ciudad por extensiones de vegetación que las aislaban mutuamente como un planeta está aislado de otro planeta. Muy pocos de los habitantes de las ciudades pensaban siquiera en el exterior; los que iban físicamente al exterior tenían algún elemento de anormalidad en ellos.>> Estos sujetos eran los hombres lobos al que el protagonista, el oficial Balank junto a su robot, esperan dar caza adentrándose en el bosque.

Los hombres lobos del cuento eran y habían sido siempre enemigos del hombre, quienes lo llamaban El Hermano Oscuro. Las máquinas les daban caza de un modo implacable pero los hombres-lobo poseían poderes que no estaban al alcance de hombres o máquinas y que les permitían sobrevivir sin la ayuda de las ciudades.

En este cuento, además, las máquinas han conseguido avanzar ocho millones de años en su exploración del tiempo, interrumpido su avance por una desviación en los cuanta del espectro electromagnético. Plataforma Uno; la máquina situada a muchos centenares de siglos adelante,

que por primera vez había traspasado la barrera del tiempo y establecido contacto con todas las civilizaciones gobernadas por máquinas posteriores a su propia época, había decidido que las operaciones debían limitarse ahora al espacio de tiempo que había quedado abierto. Las imágenes transmitidas desde el lejano futuro mostraban desiertos de hielo sobre los que brillaba un pequeño sol azul, tan brillante como la luna llena. El sol había pasado por sus fases de blanca y enana avanzando hacia el período principal de su existencia en que se convertiría en una enana roja. <<Entonces alcanzaría la madurez y arrojaría sobre su tercer planeta la luz de una perpetua luna llena.>> Las ciudades aún existían, y las máquinas, objetos similares a los dinosaurios que vagaban por los yermo paisajes y ascendían al espacio, <<construyendo allí monstruosos brazos unidos por membranas que se extendían lejos de la órbita de la Tierra para recoger energía y el envolver al pobre sol en una amplia red de fuerza magnética.>> De los seres humanos de aquel distante futuro no había señal alguna. En la escena final el robot confiesa a Balank, quien tenía sus sospechas sobre las motivaciones reales del androide, que los hombres lobo representan una amenaza para las máquinas mucho mayor que los humanos. Hombre y máquina se disponen a luchar mientras sin saberlo son observados por el hombre lobo al que pretendían dar caza. Para el hombre lobo el desenlace de aquella pequeña lucha carece de importancia ya que sabe que su raza ha ganado ya su guerra contra el género humano y que la verdadera batalla aún estaba por llegar, la batalla contra las máquinas. <<Pero aquel momento llegaría. Y entonces derrotarían a las máquinas. En los largos días en que el sol brillaría siempre sobre la bendita Tierra como una luna llena... en aquellos días, su raza vería terminada su espera y entraría en su propio reino salvaje.>>

Por supuesto que un artículo titulado "El

Por supuesto que un artículo titulado "El hombre lobo en la CF" no puede obviar la novela *Darker Than You Think* (1940) de Jack Williamson, en la que los "shape-shifters" pueden adoptar no sólo formas lobunas sino también las de anacondas y tigres dientes de sable, además de poseer la facultad de hacerse invisibles. Williamson ofrece una explicación pseudocientífica del fenómeno licantrópico que es poco convincente pero imaginativa y sus hombres lobos no existen como meros depredadores de la humanidad sino como los destinados a regir el mundo. Williamson retoma el tema de los hombres lobo en su novela de 1994 *Demon Moon*, en la cual licántropos, unicornios y wyverns son todos alienígenas inteligentes. Otras obras que tratan el tema y que están en las antípodas la una de la otra son *WerewolveSS* (1990) de Jerry y Sharon Ahern y *The Runton Werewolf* (1994) de Ritchie Perry. *WerewolveSS* trata sobre hombres lobo creados mediante ingeniería genética por Hitler para ser utilizados como su más letal cuerpo de guerreros (de ahí la doble "S" de werewolf, ique originales estos Ahern!) mientras que *The Runton Werewolf* es un libro infantil en el cual los vampiros y hombres lobo son los inofensivos descendientes de una pareja de alienígenas atrapados en la Tierra.

No puedo terminar este artículo sin referirme a la injustamente olvidada serie de dibujos animados *La Conspiración Roswell* (1999). Yo solía verla a eso de la medianoche en el verano del 2000 y si mal no recuerdo la transmitían en el Cartoon Network antes de *Men in Black*. La calidad de la animación de *Roswell* no era tan buena como la de *MIB*, pero como ciencia ficción era muy superior a esta disparatada serie basada en la no menos disparatada película basada a su vez en un cómic del cual no tengo ningún conocimiento pero del cual cabe la posibilidad que sea también un disparate (esta clase de trasvasijos nunca me ha convencido del todo).

La Conspiración Roswell iba sobre un grupo de agentes que descubre la existencia en la Tierra de distintas razas alienígenas que usan a los humanos con fines alimenticios, deportivos e incluso para fines aún más siniestros. Para combatir a los extraterrestres se forma una entidad multi-nacional oculta bajo tierra llamada la Alianza Global, compuesta por científicos, militares, policías y agencias de inteligencia cuya base de operaciones es un bunker en la pequeña localidad de Roswell. La existencia de distintos monstruos y criaturas míticas como vampiros, zombies, yetis, minotauros y cíclopes en esta serie es justificada a través de la invasión alienígena (una de las más memorable relecturas fue la del último hijo de Kryptón, que es presentado como un solitario alienígena superpoderoso impulsado a obrar el bien que finalmente sufre el rechazo de sus protegidos al descubrirse su verdadera y repugnante forma).

Los licántropos de *La Conspiración Roswell* son seres bípedos de dos metros de altura, copioso pelaje, garras, y protuberantes espinas dorsales. Viven diez años, son violentos, carnívoros y pueden adoptar forma humana (la avanzada tecnología de los licántropos les permitió esclavizar a los sasquatchs y yetis, con una descarga EMP que revirtió la polaridad magnética de su planeta).

Y llegamos al final del presente texto, espero que haya servido como ejemplo de la forma en que la ciencia ficción puede absorber y regurgitar hasta los temas más vetustos y desgastados.

© 2004, Sergio Alejandro Amira.

FIREFLY: LA MARCA DEL FÉNIX

por Juan Carlos Sánchez

Hace unos meses leí un reportaje refiriéndose al último proyecto del creador de *Buffy* como una suerte de spin off no autorizado de *La Guerra de las Galaxias*, en otras palabras una visión distinta de lo que pudo ser una suerte de aventuras de Han Solo. Si bien el artículo en cuestión estaba repleto de errores (incluyendo el contrato nunca existente de una segunda temporada), la idea básica no dejaba de tener cierto grado de verdad con una sola gran diferencia que el encargado de dicha nota obviamente no consideró: que la pequeña nueva obra de Joss Whedon goza de una maravillosamente inusual consistencia científica.

Para

quienes no lo conocen, Joss Whedon es el creador de la serie *Buffy The Vampire Slayer*, co creador de *Ángel* y actualmente guionista de *Astonishing X-Men*. Mas la primera sorpresa de todo esto es que *Firefly* es su primer proyecto personal que no tiene ninguna relación con la serie que lo ha llevado al éxito y motivo el cual renunció a dirigir la adaptación de la historieta de Marvel Comics: *Iron-Man*.

Al igual que lo hizo en su momento Straczynski con *B5*, Whedon dio vida a un universo carente de algunos elementos que hizo famosa a la clásica spaceopera (como los robots), pero a la vez poseedor de una lógica científica.

Dado que *Firefly* se sitúa en los límites de la colonización espacial (no digo decadencia por falta de información para respaldarlo), la serie es considerada como un western futurista, algo así como ese casi desconocido dibujo animado *Bravestarr* con algunos mínimos elementos de



de *Galaxy Rangers*.

En este caso la idea básica es: en un futuro no muy lejano, ante el agotamiento de los principales recursos energéticos, se impulsa el desarrollo de la colonización espacial para encontrar otras fuentes; este proceso al cabo de unos años le brinda tantos beneficios a los planetas más centralizados que estos se quedan con gran parte del desarrollo tecnológico dejando a los mundos fronterizos en algo parecido a los pueblos del viejo oeste. Una guerra civil para cambiar esto sacude a la galaxia y como era de esperarse, los mundos centrales (cuyo organismo principal es conocido como la Alianza) la ganan conservando el control de las colonias que obtienen los elementos que los enriquecen y a la vez empobreciendo a la frontera en donde surge una peligrosísima raza de infrahumanos denominados Reavers, quienes torturan y masacran todo lo que se les ponga en el camino.

Con la Alianza pisándole los talones y fastidiando cada posible error, el Capitán Malcolm Reynolds, un ex-sargento que luchó por la independencia de los mundos fronterizos, al mando de la *Serenity*, una nave clase *Firefly*, recorre algunas lejanas colonias en busca de trabajo que les permita sobrevivir junto a quienes lo acompañan, un grupo de gente conformados de la más diversa clase que van desde una muy respetable prostituta hasta un doctor cuya hermana fue sometida a experimentos por agentes especiales de la Alianza.

Son trece episodios entre los que incluye el piloto extraoficial de 90 minutos, los que conforman esta serie, pero cada uno brilla por las mismas razones por las que Whedon se consagró con *Buffy*: un sorprendente manejo de los recursos. Todo esto hecho con un nivel de perfeccionismo único desde los efectos especiales hasta los más mínimos detalles sociológicos de la historia, entre ellos el hecho que los mismos actores hablen como segundo idioma el chino,

lengua que en la actualidad está tomando tanta relevancia como el inglés.

Encabezando el reparto esta Nathan Fillon, un actor no muy conocido que había ganado cierta fama con la serie cómica *Two Guys and a Girl*, quien encarna al ya mencionado Malcolm Reynolds o Mal como le gusta que lo llamen en su doble significación con respecto al español, pese a esto se trata de un individuo de sólidos principios, de carácter duro bordeando lo agresivo, conoce mejor que nadie de la tripulación los lugares que recorren lo que hace presentir que guarda un oscuro secreto, especialmente sobre los Reavers.

Su principal apoyo es Zoe, con quien combatió en la guerra, la comandante y esposa del piloto de la *Serenity*, una mujer de armas de tomar con quien tiene una comunicación casi "telepática". Contrariamente a él, Wash, el marido de Zoe no se conforma con ser un buen piloto sino también es el punto de equilibrio ante la agresividad y pesimismo de Mal.

A estos tres se suman la ingeniero, Kaylee, una joven con cierto grado de inocencia; Jayne un desquiciado mercenario sin moral y buen humor, Book un misterioso pastor; Inara, una prostituta que ayuda controlar el temperamento de Mal; y no menos importante Simon, un doctor proveniente de una prestigiosa familia de clase alta quien trabaja en la nave a cambio de protección para él y su hermana River, cuyo extraño comportamiento les ha de causar más de un serio problema.

Esta fauna de personajes interactúa en el universo mencionado donde Whedon no pierde la oportunidad de ir explorando profundamente a cada uno permitiendo al mismo tiempo una armónica evolución, sorprendiendo también la incorporación de algunos personajes y elementos secundarios.

A esto se suman los ya mencionados efectos especiales, quizás los mejores vistos desde el

fin de *Star Trek Voyager*, en donde los sets de tamaño real se combinan con un muy bien logrado CGI, ofreciendo algunas de las más impresionantes escenas jamás vistas en televisión en donde interactúan naves espaciales con el mundo real a escala verdadera. Ya en el primer episodio se ve como la *Serenity* se coloca tras Mal y Zoe en un acantilado manteniendo las proporciones exactas con el diseño de la nave.

Más lejos aún, Whedon no se aventura usar la clásica pistola de rayos láser, reemplazándola por la de balas, no sin que episodios posteriores haga presente la existencia de estas, tratando de mantener cierta consistencia científica, a lo que se debe sumar el respeto a la teoría de la inexistencia de sonido en el espacio y el desarrollo de nuevo armamento espacial más acorde con una tecnología limitada por las circunstancias mencionadas en párrafos anteriores.

Joss Whedon no sólo crea su propio universo del futuro sino lo hace brillar a través de una consistencia científica y un puñado de personajes que nada tienen que envidiar a clásicos como *Star Trek*, más aún, no cae en la tentación del uso forzado de la sensualidad y la acción, todo está dado en dosis justas y acorde con la lógica del guión.

Dado el gran éxito de ventas de la colección de DVDs que compilan los 13 episodios, Universal compró los derechos y autorizó la filmación de una película de presupuesto tentativo de 50 millones de dólares con fecha de estreno septiembre del 2005, bajo la dirección del mismísimo Whedon. Ya los primeros informes de este proyecto apuntan a un guión que no dejará insatisfechos a los seguidores de la serie ni mucho menos del trabajo de Whedon, cuya reputación incluso le permitió hace poco firmar contrato para adaptar la heroína de DC Comics, Wonder Woman.

Sobre el autor: Periodista nacido un día trece de 1977. Escribe desde los 7 años. Ha escrito un puñado de novelas, más de 100 poemas y algunos cuentos entre ellos *Trilogía de los malditos* cuya primera parte: *De las Cenizas de Sigalión* participó en el segundo concurso de narrativa de su universidad. Si bien se he mantenido en el género de anticipación centrándose en personajes de complejos problemas psicológicos, ocasionalmente he escrito algunos dramas, algo de horror y recientemente alguna que otra cosa romántica. Sus mayores influencias son Frank Herbert, J Michael Strazynsky y Bruce Springsteen.

EL TRAIADOR EN EL ÁRBOL

por Jorge Baradit

Mi familia es una familia católica chilena tradicional. Desde pequeño cumplí con los ritos obligatorios de comunión, visitas a la iglesia y películas sacras en semana santa como todo buen niño de esta patria. Pero debo confesar que siempre guardé, como un pecadillo secreto, un atado de dudas sobre las historias sagradas:

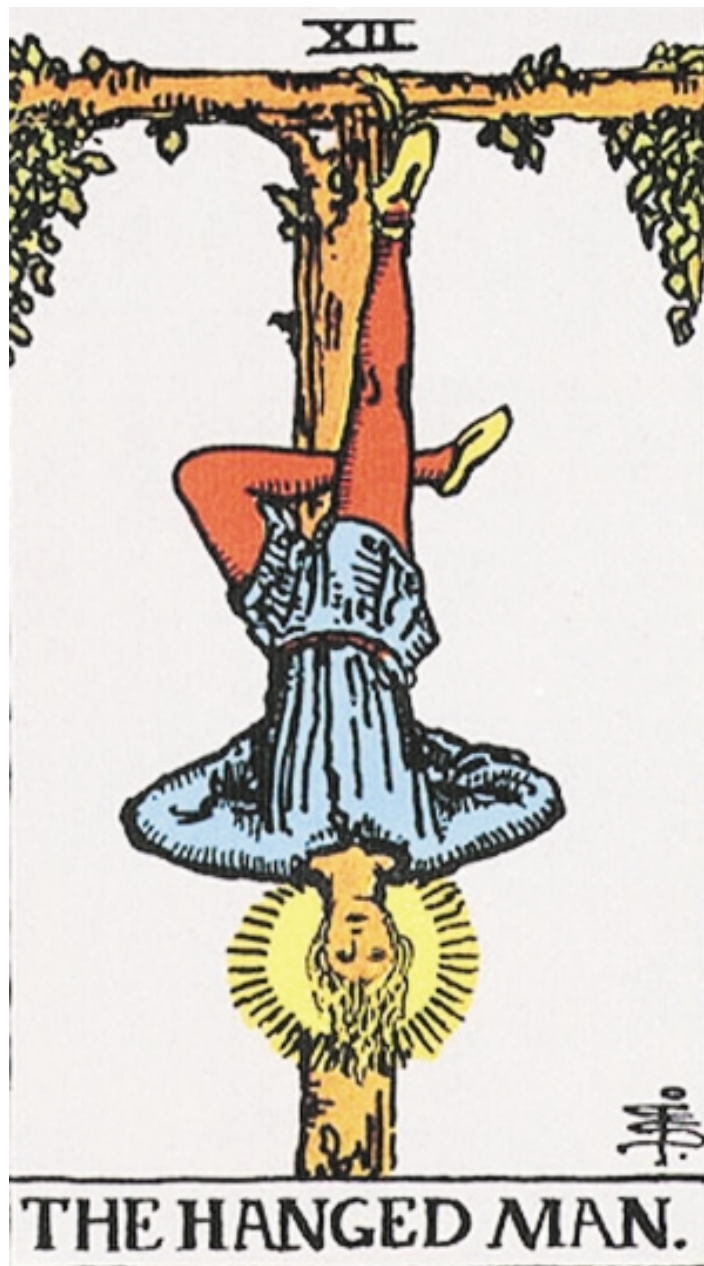
Desde preguntas profundas y teológicas del orden ¿Cómo es que Cristo nos salva muriendo? Hasta anecdóticas del tipo ¿Cómo es que sabemos lo que conversó Cristo con su padre en Gethsemaní?, estaba solo y la detención fue inmediatamente posterior.

Pero como una herida sin sanar en el costado de mi culposa mente, la duda que más me inquietaba era por qué Judas se había suicidado.

Debemos convenir que la decisión de entregar a su maestro no fue un espasmo salido de la nada, sino el producto de una idea amasada por días, quizás por meses de profundas reflexiones, de esas que llevan también a profundas convicciones. El arrepentimiento mostrado pocas horas después de su crucial acto no se condice con la trascendencia de una acción que, seguramente, le tomó semanas decidir, planear, compartir con los sacerdotes y finalmente ejecutar.

Nada se dice en los evangelios tampoco acerca de las razones de Judas para tan terrible acto de traición. A lo largo de la historia se han planteado sólo especulaciones, supuestas relaciones con grupos de la resistencia disconformes con el llamado pacífico de Jesús, un supuesto trato entre Judas y los sacerdotes para que el Nazareno fuera escuchado ante el sanedrín, etc. Sólo confusión, solo suposiciones.

Un poema de Nezahualcoyotl, el tlatoani poeta de los mexicas, escribió: <<No venimos



a crear confusión, sino a desatar nudos.>> Desgraciadamente mi cabeza trabaja sola y tiende a correr desnuda entre bosques de símbolos y a susurrarme entuertos y mentiras divertidas llenas de esos mismos nudos. Borges aventura que el Mesías sería quien cargara con todos nuestros pecados y muriera con ellos, llevándoselos lejos. Argumenta que todos

condenaron y gritaron contra Jesús, pero quien cargó con el pecado más grande de todos, matar al hijo de dios, fue nuestro verdadero salvador: Judas en solitario.

Mi fábula es un poco más modesta, un ejercicio de reinterpretación de la reinterpretación. Es un texto absolutamente innecesario nacido como una rama delgada desde el tronco portentoso del razonamiento borgiano original. Una ociosidad que, de todo corazón, invito a no continuar leyendo.

Mi fábula parte con un hombre humilde que ha desatado un movimiento que ya no puede controlar. Con un hombre desbocado que cometió el error de exasperar al poderoso. Un hombre angustiado que en Gethsemaní ruega a gritos no sufrir el dolor de la muerte espantosa que se aproxima.

Imaginemos que el rostro de Jesús no es bien conocido por los sacerdotes (Judas debe identificarlo con un beso al momento de la detención), imaginemos que él sabe que va a ser detenido, torturado y ejecutado. Imaginémoslo atrincherado en el Monte de los Olivos, atemorizado por su destino. Imaginémoslo idear una treta de último minuto pidiéndole a uno de sus discípulos, el más parecido físicamente quizás (quizá su hermano, o su gemelo, para agregar más confusión a la historia), que lo reemplace en el momento de la detención (él es demasiado importante para morir). Imaginemos, entonces, a Jesús entregando a un Judas sereno y orgulloso de morir por su maestro, mudo para evitar defenderse o delatar el truco. Entero hasta el final, seguro de estar protegido por una fuerza superior, sólo titubeando al ver que los cielos no se abrían para descolgarlo de su sufrimiento. "Dios mío, por qué me has abandonado".

Trasladémonos hasta el Monte de los Olivos, donde Jesús recibe la noticia de la muerte de Judas. La crisis es inevitable, todo está perdido. Se siente incapaz de seguir hablando de amor

y sacrificio después de lo que ha hecho. Se siente muerto por dentro, incapaz de soportar haberse negado al llamado del destino y haber asesinado a un hermano. Se siente muerto por dentro, siente que sólo debe llevar eso un poco más adelante y decide colgarse de un madero, como una forma de acercarse un poco al destino que fue incapaz de afrontar. Pero dios es precavido, la impostura se perdió en el bosque de los recuerdos de un puñado de analfabetos iluminados y al cabo de un par de siglos, ya nadie recordaba quién realmente había colgado de cuál madero esa tarde lluviosa en Palestina.

La memoria mezcla y olvida, separa y confunde. En la búsqueda de certezas reconstruimos recuerdos con los retazos que los hechos van dejando atrás. Ninguna historia es cierta, ningún registro es válido. Ante ese horror, me regocijo fabricando una historia que me agrade, que entretenga mi espera mientras aguardo mi turno de ser olvidado, como todo lo demás.

© 2004, Jorge Baradit.

Sobre el autor: Jorge Baradit es un diseñador gráfico que sólo se dedicó a escribir historias porque no aguantaba las imágenes que tenía que cargar en la cabeza. Nacido en Valparaíso, gemelo, gallo y león, llegó atrasado a todas las fiestas que inauguraron el período más esquizoide del siglo XX. Cyberpunk por consecuencia, vive intoxicado de rayos catódicos, ondas electromagnéticas, comida intervenida genéticamente, aire contaminado, ideas tóxicas y sexo inseguro. Sobresaturado de información, cruza la ciudad en una moto, medio mareado por las luces, leds y líneas de alta tensión como un bit atrasado esquivando apenas las neuronas grasosas del tendido urbano. Fue rebelde pero ahora está demasiado cómodo debajo de su plumón de pluma de ganso.

FORMAS ALTERNATIVAS DE HACER LA GUERRA

por José Fco. Camacho A.

Armas Biológicas

Si tuviera que dar una opinión acerca del ántrax, diría que pertenece al selecto grupo de enfermedades que han saltado a la fama de la noche a la mañana. Y es que, a raíz de los atentados ocurridos el 11 de Septiembre del 2001, no existe persona a nuestro alrededor que ignore su existencia. Y a pesar de que en su momento íbamos contando como si fueran "estampitas" los casos de ántrax ocurridos en Estados Unidos, pocas personas tienen, si no un pleno conocimiento del tema, al menos una clara comprensión de la realidad de ésta y otras enfermedades que se barajan como candidatas para ser utilizadas como armas biológicas. Muchas veces miramos la TV y en algunas ocasiones observamos unos sujetos enfundados en trajes plásticos de colores vivos, como de astronautas, y nos quedamos con esa imagen, elaborando castillos fantasiosos de hipótesis. Sin embargo, es justo decir que, si bien los medios de comunicación han querido brindar información precisa sobre el tema, también han contribuyeron en parte a esa ola de terror que dominó al mundo. En su loca carrera por "informar"

a la población. De ahí surge este artículo, con el fin de otorgar un panorama más verídico sobre el tema, apegándonos a hechos científicos y no sensacionalistas, dentro de un lenguaje no técnico, pero comprensible. Hablaremos primeramente del ántrax, por ser el más conocido. Posteriormente se tratarán otras enfermedades como la viruela, la plaga o las fiebres hemorrágicas, quienes también se han presentado como opciones de armas biológicas. No dejaremos de lado un vistazo rápido a las armas químicas, solo para diferenciarlas de las anteriores.

Un tema de moda que no tiene nada de novedoso

Primeramente, una definición sencilla de los que es un arma biológica es que se trata de todo aquel microorganismo o biotoxina utilizada para mermar las fuerzas enemigas o sus poblaciones civiles. Apegándonos a esto, veremos que el tema de las armas biológicas no es enteramente nuevo. Para comenzar, uno de los primeros usos de estas armas se remonta al año de 1346, cuando los Tartaros catapultaban los cuerpos de sus hombres que habían muerto de



© Vladzimir P. Parfianok

plaga, sobre las ciudades de Kaffa (ahora Feodosia, Ucrania). Por otro lado, ropa contaminada con el virus de la viruela fue distribuida deliberadamente entre los nativos americanos por los conquistadores europeos, ocasionando epidemias devastadoras en el norte y sur de América. La Segunda Guerra Mundial provocó que países como Japón, Alemania, Estados Unidos y otros comenzaran sus investigaciones en este campo. Así, EU logró almacenar unas 5,000 bombas con ántrax, arsenal que fue destruido en 1973 por orden de Richard Nixon. Para 1975, la Convención de Armas Biológicas prohibió el uso de tal armamento por parte de los países que firmaron el acuerdo. Sin embargo, las investigaciones continuaron en diversas parte del mundo, como lo demostró la evidencia presentada por Boris Yeltsin en 1992 sobre una epidemia de ántrax en 1979 en Sverdlovsk (ahora Ekaterinbug), Rusia, como parte de una liberación intencionada de esporas por parte de un laboratorio microbiológico militar. Actualmente su programa ha sido detenido, pero los investigadores del ramo podrían estar brindando su experiencia en otras naciones. Por último, las inspecciones en Irak han arrojado el dato que también ellos han comenzado sus investigaciones en el campo de las armas biológicas y químicas.

Conociendo al ántrax

La bacteria del ántrax (*Bacillus anthracis*) fue el primer microorganismo en la historia en ser identificado como agente causante de enfermedades. Para 18950 se había observado en la sangre de ovejas muertas de ántrax y en 1877 fue aislada por primera vez por Robert Koch. Posteriormente, en 1881, Louis Pasteur ideó una vacuna con la cual realizó el histórico experimento de inmunizar 24 ovejas, 1 cabra y 6 vacas, haciéndolas resistentes al ántrax. Esta bacteria tiene forma de bacilo (o bastoncillo) y

ante condiciones desfavorables, tiene la capacidad de formar esporas muy resistentes. El ántrax se considera como una zoonosis, es decir, una enfermedad que ataca primariamente a los animales, siendo la infección humana mero accidente. De esta manera, en forma natural el hombre adquiere la infección al tener contacto con animales infectados o sus productos (pieles, pelos, heces, etc.).

Las manifestaciones clínicas del ántrax son diversas. Comenzaremos con el ántrax cutáneo, el más frecuente (95% de los casos). Esta forma se produce al inocularse las esporas en la piel a través de un rasguño o una lesión que altere la estructura de la piel. Dentro de ésta última, las esporas se desarrollan por 2 a 5 días para después producir vesículas. Luego, las vesículas se rompen y reemplazan por una escara negra. El crecimiento de los ganglios linfáticos durante la enfermedad produce dolor intenso. El peligro de esta forma de ántrax es que la infección puede pasar de la piel al tórax, impedir la respiración o invadir el cerebro causando meningitis por ántrax. Rara vez existe contagio de persona a persona en el ántrax cutáneo.

Otra forma de ántrax es el pulmonar (o ántrax por inhalación) que se presenta casi siempre en los trabajadores que manipulan piel o pelo de animales. El período de incubación (período de tiempo que tarda en aparecer la enfermedad desde que la bacteria entra al cuerpo) es de 2 a 60 días. En esta enfermedad hay un progreso a la invasión de los pulmones produciendo dolor en el tórax, dificultad para respirar, acumulo de líquido en pulmones, producción de secreciones mucosas amarillentas y viscosas, así como fiebre. No es raro que cause meningitis y hemorragia cerebral. La muerte se presenta en 3 de cada 4 personas enfermas con ántrax pulmonar. Por fortuna, no hay transmisión de persona a persona.

Por último está el ántrax digestivo, el cual se presenta al ingerir carne poco cocida de animal

infectado. Su período de incubación es de 1 a 7 días. En esta forma se presenta dolor abdominal, fiebre, vómitos, diarrea muy líquida con sangre. La pérdida de líquidos conduce al choque hipovolémico.

El ántrax, ¿es realmente como lo pintan?

Se ha señalado en varios documentos serios que el ántrax y el virus de la viruela son los mejores candidatos para ser armas biológicas. Ambos patógenos pueden permanecer estables en aerosol en forma de partículas de 5 micras o menos. Ese tamaño es suficientemente pequeño para alcanzar los alvéolos de los pulmones y garantizar una mayor probabilidad de daño. En el caso del ántrax, la dosis infecciosa es mínima, del orden de 50,000 esporas solamente. Sin embargo, hay varias cosas por aclarar en cuanto al ántrax. Primeramente, aunque se ha querido difundir la idea de que el ántrax es una enfermedad rara, lo cierto es que es todo lo contrario. De hecho, en Estados Unidos es endémica (es decir, existen casos en forma habitual todos los años) en el ganado de los estados de Louisiana, Texas, Dakota del Sur, Nebraska y California. Ello no ofrece mayor problema, pues los animales que sobreviven al ántrax adquirido de forma natural, resisten bien las infecciones subsecuentes.

Por otro lado, aunque se quiera dar un aire de terror alrededor del ántrax, realmente no puede ser considerada como un arma biológica ideal. Para empezar, la exposición al ántrax tiene un peligro muy bajo. Para ponerlo en forma práctica, podemos tener en nuestras manos una carta con esporas de dicha bacteria y el riesgo de adquirir la enfermedad es relativamente bajo. Lo anterior se debe a que las esporas no son volátiles, es decir, no pueden adquirir la forma de aerosol espontáneamente. Otro punto importante es que solo la forma cutánea ha demostrado una transmisión de persona a

persona, como se ha mencionado, pero solo en *raras* ocasiones. Y aunque la forma cutánea es la más frecuente, ello solo es cierto a la enfermedad sucedida en forma natural, no como consecuencia de un ataque bioterrorista. Prácticamente uno podría tocar el polvo de esporas de ántrax, y si no existen lesiones en la piel, jamás nos infectaríamos con esta bacteria. En cuanto a la mortalidad elevada en el caso del ántrax pulmonar, ésta solo ocurre en la forma natural, ya que la evolución de la enfermedad es muy rápida e impiden un diagnóstico y un tratamiento oportuno. También se debe a que la enfermedad es relativamente rara, lo que puede hacer pensar a los médicos en muchas otras enfermedades pulmonares antes de sospechar en ántrax pulmonar. Sin embargo, si la comunidad médica sabe que se está utilizando ántrax con fines bioterroristas, inmediatamente el ántrax pulmonar pasa a ser una de las principales sospechas diagnósticas ante cualquier enfermedad pulmonar. Así se logra un tratamiento más rápido y se reduce la mortalidad. Esto ocurrió en Estados Unidos, donde al saber de los primeros casos de ántrax pulmonar, inmediatamente se dieron alarmas a todos los organismos médicos y hospitales del país para descartar ántrax pulmonar en los casos sospechosos.

Por su parte, el ántrax digestivo es muy difícil de producir en un ataque bioterrorista, pues requiere contaminar los alimentos con grandes cantidades de esporas, lo que no resulta muy costeable. Además está el problema de evitar una cocción adecuada de los alimentos que hayan sido contaminados.

Agentes que podrían utilizarse en el terrorismo químico y biológico

Agentes químicos

Agentes nerviosos: Tabun, Sarín, Soman, GF, VX.

Agentes sanguíneos: Cianuro de hidrógeno, cloruro de cianuro.

Agentes cutáneos (causantes de ampollas): *Lewisite*, mostazas de nitrógeno y sulfuro, fosgeno.

Agentes pulmonares: Fosgeno, cloro, cloruro de vinil.

Agentes biológicos

Viruela mayor (*Smallpox*)

Ántrax (*Bacillus anthracis*)

Plaga (*Yersinia pestis*)

Botulismo (toxina de *Clostridium botulinum*)

Tularemia (*Francisella tularensis*)

Fiebres hemorrágicas de Ébola y de Marburg (Filovirus)

Fiebres de Lassa y Fiebre hemorrágica argentina (Arenavirus)

Viruela, supuestamente erradicada del mundo...

Ya desde tiempos inmemorables han quedado registros de epidemias devastadoras que han corrido por cuenta de la viruela. La severidad de las mismas era tal que las personas no reconocían como parientes suyos a aquellos familiares enfermos, hasta que la enfermedad hubiera pasado o el pariente hubiera muerto. No obstante, la falta de un reservorio animal y lo eficaz que fue la vacunación produjo que la OMS declarara erradicada la viruela a nivel mundial, en el año de 1980. En la actualidad, la vacuna no se aplica a la población, por lo que esta es teóricamente susceptible al virus de la viruela si reapareciera. Pero ¿cómo podría reaparecer un virus considerado como erradicado del planeta? Una vía es que algún virus de la misma familia que el de la viruela, pero que infectara a animales sufriera una mutación y adquiriera la capacidad para infectar al hombre. La otra vía sería que escapara de alguno de los dos lugares donde aún hay virus de la viruela, aunque sólo

conservados como muestras. Estos lugares son el *Center for Diseases Control and Prevention*, en Atlanta, Georgia, y en el *Research Institute for Viral Preparations*, en Moscú. Independientemente de los eventos sucedidos en los últimos años, se ha venido especulando que muy posiblemente algunos países de Medio Oriente hayan podido obtener muestras de la reserva rusa, para fines militares.

La principal forma clínica de la viruela es la llamada *viruela mayor*, la cual cursa con máculas (manchas en la piel), pápulas (elevaciones pequeñas de la piel) y vesículas, además de fiebre, malestar general y dolor de cabeza. Las lesiones invaden todo el cuerpo. Uno de cada 4 pacientes con esta enfermedad moría. Otras formas de viruela eran la *viruela hemorrágica* (en donde las lesiones en la piel se acompañaban de hemorragias), la *viruela confluyente* (donde las lesiones en la piel se unían unas con otras para formar lesiones más grandes) y la *viruela minor* (parecida a la *viruela mayor*, pero más leve).

La única forma de prevenir la viruela es mediante la vacunación. Desafortunadamente no hay suficientes vacunas contra la viruela en la actualidad, como para proteger a toda la población.

La Peste, la gran muerte negra de la Edad Media

La peste es probablemente la enfermedad más devastadora conocida por el mundo. La peste, plaga o muerte negra ha sido la causante de grandes epidemias en la antigüedad, principalmente durante la Edad Media, donde cobró millones de vidas. La peste es causada por la bacteria *Y. pestis*, la cual infecta las ratas, siendo la picadura de pulgas el mecanismo por el cual la bacteria se transmite de un roedor a otro. Ocasionalmente, la pulga puede picar al hombre, pasándole la infección. En el sitio de la

picadura puede aparecer una pústula (una vesícula llena de pus) o más frecuentemente no aparecer nada. Poco después, al irse diseminando la bacteria, aparecen nódulos (masas redondeadas por debajo de la piel) inflamados y dolorosos en los ganglios de la ingle, los llamados *bubones*. Esta es la llamada peste bubónica, en la cual la bacteria invade el bazo, el hígado, los pulmones y las meninges, provocando hemorragias en todos ellos, a la vez que en otras partes del cuerpo se coagula la sangre dentro de los mismos vasos sanguíneos. Si los microorganismos llegan a los pulmones se produce la peste neumónica, la cual es altamente contagiosa. Después de aparecer los bubones, la muerte ocurre en los próximos 5 días. Si hay peste neumónica, la muerte ocurre en los siguientes 3 días.

Botulismo, el poder de una toxina

El botulismo aparece tras el consumo de la toxina botulínica producida por la bacteria *Clostridium botulinum*. Esta toxina puede contaminar varios tipos de alimentos, como son las salchichas, la carne poco cocida, las verduras y las frutas mal cocidas enlatadas (caseras), los condimentos y los productos derivados del pescado. La toxina botulínica es una de las más potentes hasta ahora conocidas y puede causar la enfermedad en 18 a 36 horas después de haber sido ingerida. El botulismo se caracteriza por debilidad, mareo, estreñimiento, sequedad de boca y ausencia de fiebre. También hay visión borrosa, dificultad para deglutir y hablar, pérdida de la fuerza muscular de la cabeza a los pies y paro respiratorio. La mortalidad es elevada.

Fiebres Hemorrágicas de Ébola y Marburg

El brote por el virus Ébola ocurrió en Etiopía en los años 1961-62. Posteriormente, en 1967 ocurrieron los brotes por el virus Marburg en varios laboratorios de Marburg, Frankfurt y Belgrado. Desde entonces ha habido unos 7

brotes por el virus Ébola en varios países de África, además de algunos casos aislados por el virus Marburg.

El virus Ébola se transmite de persona a persona a través del contacto personal estrecho, o por contacto con la sangre de los enfermos o de los cadáveres. El período de incubación es de 2 a 21 días, tras lo cual se presenta fiebre, vómito, dolor abdominal, dolor de cabeza y diarrea. Posteriormente hay enrojecimiento de las conjuntivas, dolor de garganta al comer, hemorragias nasales, bucales, gastrointestinales y genitales (en mujeres). Puede acompañarse por maculas en la piel. Cinco a nueve de cada diez personas infectadas por Ébola mueren.

Agentes Químicos

De acuerdo con la inteligencia militar y varias agencias gubernamentales de EUA, al menos 10 países tienen la capacidad de producir y diseminar armas químicas y biológicas. El primer agente nervioso fue desarrollado en los 30's, en Alemania, y fue el gas Tabun. Continuó el gas Sarín seguido del gas Soman a finales de los 30's y principios de los 40's. El agente V se desarrolló en los 50's. La versión VX es la más potente de todas pues es más estable, menos volátil y menos soluble en agua, lo que permite su persistencia en el ambiente varias semanas después de su liberación.

Los agentes nerviosos afectan la transmisión de los impulsos nerviosos, algo similar a como sucede con las sustancias organofosforadas (utilizados como insecticidas). Dependiendo del grado de exposición, los síntomas aparecen a los pocos minutos o hasta 18 horas después. Hay agitación, confusión, delirio, alucinaciones, epilepsia y coma.

Los agentes cutáneos son conocidos por causar quemaduras y ampollas en los afectados. Sus efectos son devastadores a nivel de piel, mucosas y aparato respiratorio. Estas sustancias carecen

de olor y color. El mecanismo de acción es uniéndose a moléculas como los ácidos nucleicos, afectando los procesos biológicos como la división celular y la síntesis del ADN. Los primeros síntomas aparecen entre 2 y 24 horas después del contacto con el agente. Hay irritación de ojos, lagrimación, tos y sensación de quemazón. Posteriormente hay inflamación en piel, aparición de ampollas y descamación. La muerte es producida por la lesión al aparato respiratorio.

Los agentes sanguíneos como el cianuro de hidrógeno son efectivos solo en espacios confinados, ya que es muy volátil. La forma de actuar de estos químicos son inhibiendo la utilización de oxígeno por la célula, por lo que se detiene toda actividad celular. La exposición a altas concentraciones produce la muerte instantánea. Bajas concentraciones producen aumento en la frecuencia cardíaca, dolor de cabeza, epilepsia y coma antes de la muerte.

Producción de armas de Irak

8,000 litros de solución de ántrax.
20,000 litros de toxina botulínica.
340 litros de *Clostridium perfringens*.
10 litros de ricina.

* = Estas cifras son la producción que alguna vez tuvo Irak en el pasado, aunque actualmente no se han encontrado tales reservas.

Arma Biológica Ideal

Hemos analizado algunas enfermedades que podrían servir como armas biológicas. No obstante, podemos especular como podría ser un arma biológica ideal, en base a los 6 puntos siguientes:

1.- Debe ser capaz de transmitirse fácilmente de persona a persona. Un ejemplo de esta característica es la viruela o el Ébola, dos infecciones muy contagiosas. El ántrax aquí pierde toda posibilidad de éxito, pues su contagiosidad es baja.

2.- El período de incubación no debe ser muy corto. Ya dijimos que el período de incubación es el tiempo que pasa entre la adquisición del microorganismo y las primeras manifestaciones de la enfermedad. Aunque una enfermedad con un período extremadamente corto (de incluso horas) es buen argumento para las películas, en el mundo real no es muy eficaz. Un período tan corto limitaría la epidemia rápidamente, ya que los pacientes no tendrían oportunidad de viajar y diseminar la infección a otros sitios. Morirían prácticamente en el mismo lugar donde adquirieron la infección. De ahí el éxito con el síndrome respiratorio agudo grave o SARS, presentada a partir de febrero del 2003 en el sureste asiático. Con un período de incubación de 2 a 7 días permite a los infectados viajar a cualquier lugar del mundo sin saber que son portadores del agente infeccioso y que pueden iniciar nuevos brotes en lugares distantes.

3.- Morbilidad y mortalidad elevadas. Por morbilidad entendemos la capacidad para producir enfermedad. Tomemos el ejemplo de un virus llamado de Epstein-Barr para el cual se ha investigado que casi todo el mundo podría haber tenido una infección por el mismo. Solo que la mayoría de las veces (para fortuna nuestra), la infección es asintomática, es decir, jamás nos damos cuenta por que nunca sentimos nada raro. Entonces de nada sirve que tengamos un microorganismo que sea capaz de transmitirse fácilmente o que sea altamente contagioso, si solo producirá enfermedad en algunos cuantos sujetos. Técnicamente sería un desperdicio, ¿no? Algo similar ocurre con la mortalidad.

4.- Fácil de obtener y transportar. En películas y libros podemos ver que algunos microorganismos hipotéticos son creados en laboratorios de alta tecnología, transportados en recipientes llamativos y cosas así. En realidad, una buena arma biológica deberá ser obtenida en gran escala, pero a bajo costo. De ahí que

sean una forma alternativa de hacer la guerra. Si queremos gastar mucho dinero, mejor hagamos armas químicas o nucleares. Además, para poder diseminar el arma biológica y hacer mella en el enemigo precisamente debe pasar inadvertida, no enlatada en envases lujosos y futuristas. Se ha planteado que grupos terroristas podrían infectar a algunos de sus miembros y enviarlos a los países blanco, para ahí iniciar las epidemias.

5.- Que produzcan enfermedades de difícil tratamiento para el enemigo, pero no para el atacante. El ántrax que se encuentra en el medio natural es destruido fácilmente con la bien conocida penicilina. Sin embrago, su manipulación genética por algunos laboratorios ha derivado en cepas resistentes a múltiples medicamentos. Por lo tanto, eliminar la enfermedad es sumamente difícil en estos casos. Ahora tomemos el ejemplo de la viruela. Si algún grupo contara con la vacuna contra la misma, podría liberar el virus tranquilamente sabiendo que sus miembros vacunados sobrevivirían fácilmente. El meollo es atacar al enemigo, pero resistir al microorganismo ya que no podemos tener completo control sobre a donde se disemine geográficamente.

6.- Que sea capaz de autoperpetuarse. La toxina botulínica es una de las toxinas más efectivas que existen, aunque usarla confiere un problema. Los sujetos a los que se le administre serán los únicos afectados. Como se trata de una toxina, no puede reproducirse y solo afecta a aquella persona a la que le fue administrada (y eso si la dosis fue lo suficientemente elevada como para poder hacerle algo). Cosa contraria ocurre si hablamos de un virus o una bacteria, los cuales se reproducen y en un momento dado pueden pasar a otros sujetos.

Ahora bien, aunque el ántrax no es un arma biológica muy eficiente de acuerdo a estos puntos señalados, si cumple su cometido en el bioterrorismo. No ha causado muchos decesos, ni los causará, aunque si ha infundido miedo en

EUA y alrededor del mundo. Luego, ha sido exitosa como elemento bioterrorista, nada más.

© 2004, José Fco. Camacho A.

Lecturas recomendadas:

Noeller TP. *Biological and chemical terrorism: Recognition and management*. Cleve Clin J Med, 2001; 12: 1001-16.

Bush LM, Abrams BH, Beall A, Johnson CC. *Index case of fatal inhalational anthrax due to bioterrorism in the United States*. N Engl J Med, 2001; 345: 1607-10.

Gordon SM. *The threat of bioterrorism: A reason to learn more about anthrax and smallpox*. Cleve Clin J Med 1999; 66: 592-600.

LaForce FM. *Anthrax*. Clin Infect Dis, 1994; 19: 1009-14.

Martínez CPA, Colonias VA. *La amenaza bioterrorista: Un enfoque global para los médicos asistenciales desde las perspectivas española y europea*. Rev Invest Clin, 2002; 54: 7-11.

Sobre el autor: José Fco. Camacho A. nació en 1979 en la ciudad de Querétaro, México. Actualmente es médico general en vías de iniciar la especialidad de cirugía general. Como pasatiempo escribe ensayos de divulgación, cuentos de ciencia ficción y relatos cortos, así como un Manual de Microbiología y Parasitología Médica.

¿CIENCIA APÁTICA?

por Laura Elizabeth Vázquez

<<De alguna manera, la verdad, la ciencia y la compasión, deben ir ligadas en cada tópico que se devela al entendimiento del hombre. "El conocimiento envanece, pero el amor edifica">>

(1 Co. 8:1b)

A manera de presentación, no soy científica, sino una ávida lectora de género de la ciencia, y de igual modo, de la literatura de fantasía y ficción que se derivan de los tópicos tanto especulativos como ya evidenciales de la misma. Llegué por un mero accidente a conocer de este espacio de expresión, y me he interesado en cada uno de los números que han salido a la luz gracias a la colaboración de los que como yo, comparten el gusto por las disciplinas científicas, y los pasatiempos que surgen de ellas.

Sin embargo, como parte de una sociedad que se dice "en pleno avance del conocimiento tecnológico, científico, económico, social y político" (ah, por cierto, soy mexicana), aún veo con tristeza que el grupo en el que me

he autocatalogado partícipe, es una minoría con respecto al porcentaje de seres humanos pensantes que este maravilloso país tiene. Y es una lástima. Soy una de los convencidos de que no dos, sino un montón de cabezas piensan mejor que una. Es por eso que me embarga una especie de rabia-tristeza-impotencia al comprobar que la divulgación del conocimiento científico tal y como debe establecerse en los medios de enseñanza, de comunicación, e incluso entretenimiento, aún no ha llegado a superar su etapa de "pañales".

A pesar de todo, y con ánimo -aunque ya pasé la etapa de la



© John Higgins

adolescencia-juventud en la que consideraba que podría llegar a cambiar el mundo, algún día– de afectar la cultura un tanto apática de las mayorías de este país, sigo aportando granitos de arena (algunos definitivamente enterrados entre los demás granitos de arena y piedritas que otros muchos de mayor entendimiento que yo en este universo de ciencia, letrados y filósofos tecnólogos, y otros que por ahí, poquiteramente hablando, han tenido cierta influencia en unos cuantos conocidos, y otros tantos extraños que se han topado con mis ideas y divulgaciones de pensamiento).

Bueno, el asunto de este breve ensayo (o mejor dicho, escrito) es una contraidea que la ha motivado un artículo recién salido en el número 7 del e-zine *TauZero*, *Carl Sagan & Michio Kaku*, nacido de la opinión de Rodrigo Mundaca Contreras. En él, deja manifestada su visión personal de lo que puede ser la imagen de un científico, o “científico estándar”; socialmente se ha tomado esta imagen en clichés no sólo de la cultura latina, sino a nivel mundial. Yo tenía hasta hace poco, esa misma visión, pero me ha sorprendido sobremanera el comprobar que no hay algo más alejado de la verdad en los que realmente son Científicos enamorados de la disciplina de la observación, creación de teorías, descubrimiento de leyes y aplicaciones prácticas a tales descubrimientos y creaciones personales, y al mismo tiempo, enamorados de la humanidad de una manera extraordinaria. Tomo el ejemplo de la sorprendente revelación que tuve hace unos tres meses, del trabajo pacifista y social que Albert Einstein realizaba dentro de las sociedades universitarias, buscando en todo momento que los estudiantes que devoraban ávidamente sus tratados, ensayos de leyes y teorías, e intentaban a toda costa ser alumnos de sus cátedras, entendieran el valor de la naturaleza humana aun sobre toda ley física, o enunciado científico que hubiese hasta el

momento. Sus conferencias y manifestaciones (iiiSí, Albert Einstein se manifestó públicamente por el desarme!!!!Era pacifista!!!) en las conferencias científicas, tanto en Europa como en América, y de una forma de expresión sublime y hermosa, en las cartas que dirigía a los jóvenes que conocía, hijos de amigos, familiares y allegados profesionistas con quienes compartía opiniones, deja muy en claro la preocupación que sostenía cada día de su vida por el género humano, por sus semejantes, y lo que él podía aportar para beneficio de esos semejantes. Es interesante ver a Albert Einstein fungiendo en un papel que yo desconocía por completo, y es más interesante, cada vez que encuentro alguna pieza del rompecabezas que estoy tratando de armar con respecto a la vida, obra y pensamiento de uno de los hombres que ayudó a cambiar el rostro de la ciencia en los últimos 100 años, darme cuenta que no era solamente un genio, y que no se le tiene que reconocer sólo como el creador (erróneamente, diría yo) de la bomba atómica o de las teorías de la relatividad, sino que antes de eso, tener plena conciencia, tal y como él la tuvo de sí mismo al mostrar responsabilidad hacia la sociedad en la que se desenvolvía, que era un ser humano, un hombre que tenía temor hacia Dios, que poseía conciencia social, pensamiento y conocimiento de la fragilidad de la vida, y que hizo valiosos y bellísimos aportes para el bienestar de la humanidad.

No es el único ejemplo. Podríamos citar a Benjamín Franklin (enteramente desconocido de la comunidad latinoamericana, a lo que he descubierto con verdadera tristeza), o un Hipócrates, o Luis Pasteur, o incluso de autores de ciencia, tecnología, sociología, etc., que desempeñaban labores científicas de trascendencia e importancia extraordinarias, tales como un Isaac Asimov, o investigadores científicos como un Jaques Costeau, o el mismo

Carl Sagan, como lo menciona Mundaca en su artículo, o de muchos otros que ahora representan parte de la comunidad de científicos contemporáneos, y de los cuales, dicho con vergüenza (mea culpa, no he ordenado mis tiempos), no me he dado a la tarea de buscar sus motivaciones personales por los que la ciencia ahora forma parte de sus vidas.

No es un reproche por la visión generalizada que la mayoría tiene (y teníamos) de los científicos, sino un reto a mostrar un interés más abierto para conocer el trasfondo del pensamiento de cada científico, y un desafío para demostrar que todos y cada uno de nosotros podríamos alcanzar el nivel de científicos, investigadores, tecnólogos, pero con una meta determinada, sin importar lo estrafalario que sea la imagen que adoptemos, pero sí con la completa convicción de que ese interés no lo determina la cantidad que el Nobel entrega cada año o los aplausos recopilados en cada sesión de conferencias científicas, sino que se hace por amor a la humanidad, por amor e interés a los que comparten con nosotros este planeta, para representar con nuestras acciones la meta verdadera de la ciencia, la razón de la verdad puesta al servicio del hombre, por el hombre.

© 2004, Laura Elizabeth Vázquez.

eventos del departamento de Idiomas y Lengua Extranjera I y II y actualmente se desempeña como Coordinadora del Primer Taller de Comunicación y Creación de Ensayos, Cuentos y Relatos.

Sobre la autora: Laura Elizabeth Vázquez es mexicana, estudiante de 5º semestre de Informática, colaboradora de tiempos alternos en una sociedad cultural y madre de un adolescente en tiempos libres. Dentro de la sociedad cultural a la que pertenece, ha participado en actividades informativas, tales como colaboración en la página de Internet y publicaciones con traducción y revisión de artículos científicos y de enseñanza. Dentro de las actividades universitarias, colaboradora en los

¿CÓMO COLABORAR CON TAUZERO?

1.- Podrán participar todas las personas interesadas con colaboraciones que tengan por tema la ciencia ficción, fantasía, difusión de ciencia, literatura, cine y TV, cómics o manga de ciencia ficción / fantasía.

2.- Las colaboraciones deberán estar dentro de las siguientes secciones:

- Cuentos de ciencia ficción / fantasía / terror.
- Ensayos de ciencia ficción / fantasía / terror
- Ensayos de divulgación científica.
- Crítica de libros de ciencia ficción / fantasía / terror / divulgación científica.
- Crítica de películas ciencia ficción / fantasía / terror.

3.- Los colaboradores deberán enviar sus aportes escritos en lengua española. No hay restricción en cuanto a extensión, sin embargo el editor se reserva el derecho de editar y/o publicar en distintos números.

4.- Los participantes deberán presentar su colaboración original escrita en formato .rtf, una columna, letra verdana tamaño 11, espaciado 1,5 pts. Hoja formato carta con márgenes de 2.5 cm. tanto inferior como superior, derecho e izquierdo. Se permite la incorporación de imágenes, siempre y cuando sea imprescindible para el desarrollo o comprensión del trabajo presentado.

5.- Los aportes se deben enviar comprimidos en formato .zip a la dirección de correo electrónico tauzero_ezine@hotmail.com.

6.- No hay restricción al número de trabajos que un colaborador puede enviar.

7.- Los trabajos deberán llevar el nombre del autor o seudónimo, e-mail de contacto, título de su colaboración y la sección a la cual va dirigida, además de una breve reseña si así lo desea.

8.- Las características de la edición se ajustaran al formato del e-zine.

9.- El simple hecho de presentar trabajos supone la expresa conformidad de los autores con los objetivos y valores del e-zine.

10.- El hecho de presentar trabajos no implica publicación automática, esto se dará después de que el trabajo sea aprobado por el editor.